Estudio crítico

Martín Sarmiento

Joaquín Álvarez Barrientos

FUNDACIÓN IGNACIO LARRAMENDI

Biblioteca Virtual de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FIL

© DEL TEXTO: el autor
© DE LA EDICIÓN DIGITAL: Fundación Ignacio Larramendi

Fecha de la edición digital: 2019
Lugar: Madrid (España)

DOI: http://dx.doi.org/10.18558/FIL160

Libro electrónico realizado por DIGIBÍS.

MARTÍN SARMIENTO (1695- 1772).
LA ERUDICIÓN Y LA ESCRITURA COMO FORMAS DE VIDA

Joaquín Álvarez Barrientos
CSIC (Madrid)

INTRODUCCIÓN

DEMONSTRACION
CRITICO-APOLOGETICA
DEL
THEATRO CRITICO UNIVERSAL,
QUE DIO A LUZ
EL R. P. M. Fr. BENITO GERONYMO FEIJOO,
Benedictino:
CON LA QUAL SE HACE PATENTE
La Evidencia, Certeza, Probabilidad, Verisimilitud, Eleccion, Exactitud, Harmonia, Propriedad de sus Discursos, Noticias, Opiniones, Conjeturas, Autores, Citas, Expresiones, Palabras;
QUE
En los Tomos I. II. III. en algunas partes del IV. y en la Ilustracion Apologetica, pretendiò contradecir el Vulgo, con diferentes papelones; por no haver entendido hasta ahora la conexion, y obvia significacion de las voces.
ADJUNTA
Una Defensa de las Aprobaciones de la dicha Ilustracion.
HACELA UNO DE LOS APROBANTES,
El P. Fr. MARTIN SARMIENTO, Benedictino, Lector de Theologia Moral en el Monasterio de S. Martin de esta Corte.
Non ego venuste Plebis suffragia venor.
TOMO PRIMERO.
CON PRIVILEGIO. En Madrid: Por la Viuda de Francisco del Hierro. Año de 1732.

Aunque se conoce su uso en el siglo XVIII, fue en el XIX cuando la palabra *polígrafo* generalizó el sentido que hoy le damos de alguien solvente en muchas materias sobre las cuales escribe. Menéndez Pelayo dedicó al asunto varias lecciones en el Ateneo de Madrid entre 1896 y 1901, tratando de las que él consideraba «grandes personalidades científicas españolas». «Conviene advertir –indicaba– que escogeremos tan sólo aquellos escritores que por su carácter enciclopédico, por la gran variedad de sus escritos, por la influencia que tuvieron en la cultura de su tiempo, bien por su enseñanza escrita o hablada, o la ejercida por medio de sus discípulos, resumen mejor el estado general de la cultura en sus respectivas épocas».[1] Y cuando alude al estado general de la cultura lo hace en el sentido de que representan lo que William Hazlitt llamó el «espíritu de la época».[2] Comienza con Séneca para seguir con san Isidoro de Sevilla, Averroes, Maimónides, Alfonso X el Sabio, Raimundo Lulio, Nebrija, Luis Vives, Arias Montano, Quevedo, Caramuel, Nicolás Antonio. Puede extrañar que para el siglo XVIII, el siglo de la erudición y la historia, Marcelino no seleccionara al padre Martín Sarmiento como uno de los ejemplos de la poligrafía en la época –dada la variedad de sus escritos y su influjo–, y escogiera en cambio a Feijoo, que tuvo más impacto que él, a Hervás y Panduro, que también tuvo fama internacional, y a Jovella-

[1] Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, «Concepto del polígrafo. Polígrafos representantes de España en cada época», *Varia*, III, Madrid, CSIC, 1958, pp. 137-147.

[2] William HAZLITT, *El espíritu de las obligaciones y otros ensayos: una antología*, Barcelona, Alba, 1999.

nos, que quizá es la figura más compleja en este ámbito, a pesar de sus variados intereses. Seguramente no lo eligió por su condición de escritor prácticamente inédito.

Es claro que no es lo mismo ser erudito que polígrafo, que esto último conlleva seguramente una visión general y más amplios saberes que, a pesar de tenerlos, el cántabro no vio en Sarmiento, cuya obra conoció parcialmente. Es igualmente cierto que para Menéndez Pelayo ser polígrafo implicaba una personalidad sobresaliente, ser «hombres providenciales», siguiendo a fray Luis de Sigüenza; algo cercano a lo que después se llamó grandes hombres y él denomina «héroes», en la estela de Carlyle, y «hombres representativos», al recordar el trabajo de Emerson. Pero el padre Martín Sarmiento fue, precisamente, un hombre representativo de su tiempo, por muchos denominado «héroe», pues entonces a los hombres de la cultura se les comienza a entender de ese modo, no solo a los que protagonizaron hazañas bélicas.

Las personalidades elegidas por él ejemplificarían la historia de las ideas en las diferentes épocas de España. Pero antes de ese tiempo, «poligrafía» significaba «el arte de escribir por diversos modos ocultos que encubren las escrituras», e igualmente era la ciencia que servía para desentrañar esas escrituras encriptadas (diccionario de la Real Academia Española, 1780). Solo en la edición de 1936 la Corporación acoge en tercera acepción la «ciencia de escribir sobre diversas materias».

En cualquier caso, poco importan estas discusiones terminológicas, estas clasificaciones, a la postre poco válidas para conocer a un personaje complejo. Martín Sarmiento fue un polígrafo –representante en muchos aspectos de su época–, además de un erudito y de alguien que manejó el arte epistolar con desenvoltura poco conocida, siguiendo la amplia corriente que empleó el modelo epistolar tanto para comunicarse como para dar a conocer sus investigaciones. Dada la gran extensión de su producción, en las páginas que siguen me centraré solo en algunos aspectos que lo dibujan de manera general, sin entrar en el análisis de sus obras, salvo cuando convenga al discurso.

APUNTE BIOGRÁFICO

Martín Sarmiento, en el siglo Pedro José García Balboa, nació en Villafranca del Bierzo el 9 de marzo de 1695 y murió en Madrid el 7 de diciembre de 1772, en el monasterio de San Martín, de los benedictinos, orden a la que pertenecía desde su ingreso como novicio en 1710. Hasta ese momento había vivido en Pontevedra. Estudió artes y filosofía en la Universidad de Irache (Navarra) y después Teología en la de Salamanca. Tras acabar sus estudios pasó por varios monasterios hasta que en 1723 llegó al de Oviedo, donde coincidió con Benito Jerónimo Feijoo, encuentro decisivo para ambos. Allí per-

manece un par de años antes de instalarse en Madrid en 1725. Con algunas breves interrupciones, vivió en la Corte –de la que tenía muy mala opinión– hasta su muerte. En 1726 y 1727 viajó a Toledo con Diego Mecolaeta para estudiar y catalogar los fondos de la catedral; también realizó tres salidas a Galicia, de alguna de las cuales dejó un diario con nutridas informaciones sobre aspectos muy variados, pues una de sus características personales fue su gran curiosidad y el amplio alcance de sus intereses, razón por la que escribió mucho y sobre los más variados asuntos.

Apenas desempeñó cargo alguno de responsabilidad –a veces incluso habiéndolo deseado, como cuando en 1749 se le nombró abad del convento de San Martín y parte de la congregación lo evitó–, ni perteneció a instituciones literarias que, como se verá, despreciaba. Sí fue cronista de la orden desde 1733 y parece que dio a luz en 1736 los *Motivos legales que reverentemente expone a la alta censura la congregación benedictina de estos reinos, unida a su monasterio de san Benito el Real de Valladolid en respuesta a la Real Cédula de ocho de noviembre de 1735, y demostración de los títulos con que se eligen superiores regulares de sus monasterios*. Apareció anónima y sin pie de imprenta, lo que parece indicar que se trató más de un documento para uso interno que de una impresión dirigida al público.[3] Por esa Real Cédula Felipe V podía nombrar a los abades de los monasterios, con las implicaciones económicas y políticas que ello suponía. Estos *Motivos* iban contra ella y contra el *Propugnáculo histórico-canónico-político-legal que descubre los fondos de la más preciosa piedra de la corona de España y comprueba con sus antiguos monumentos y memorias el incontrastable derecho de sus monarcas a la protección de las iglesias de su monarquía y universal Patronato de los beneficios de ellas*[4], aparecido en 1736, en defensa del patronato regio, del que era autor el abogado de los Reales Consejos Miguel Cirer y Cerda. En los *Motivos legales* Sarmiento utilizaba la información enviada por los diferentes monasterios acreditando que no pertenecían al Real Patronato y que la cédula citada no les incluía a ellos. También fue cronista de Indias (1750- 1755) pero la Real Academia de la Historia reclamó para sí ese oficio que le había sido concedido por el Consejo de Indias en 1750.

Durante esos años treinta y hasta la década de los cincuenta, frecuentó la vida pública, los cenáculos políticos e intelectuales y tuvo influjo en la práctica política gracias a los muchos informes que realizó para diferentes miembros de los gobiernos y a su amistad con el padre Francisco Rávago, que era confesor del rey; cargo, como se sabe, de

[3] Ernesto ZARAGOZA PASCUAL, *Los Generales de la Congregación de san Benito de Valladolid* (*1701-1801*), V, Burgos, Aldecoa, 1984, pp. 134-136, se la adjudica.

[4] Propugnáculo: defensa.

enorme influencia. Su celda reunía a prominentes intelectuales y dirigentes, convertida en uno de los centros de la República cultural. A ella acudían, entre otros, académicos, políticos, intelectuales, científicos como Enrique Flórez, Agustín de Montiano, Esteban de Terreros, Andrés Marcos Burriel, Miguel Casiri, José Quer y Pedro Rodríguez Campomanes.

La vida de Martín Sarmiento estuvo marcada por una época de gran actividad pública –la de los años en que hace de asesor en la Corte; años que acaban con la llegada de Carlos III, aunque la caída en desgracia de Rávago y del marqués de la Ensenada ya anunció el final de la etapa. En ese tiempo, y después, gestiona la edición de las obras de Feijoo. Tras su periodo público, se vuelve sobre sí mismo, desengañado del tiempo pasado y del modo en que el nuevo monarca rechazó su plan de adorno del Palacio, trabajado durante años y años desde 1743, que era además una representación de los territorios españoles en lo que él consideraba había de ser un libro en piedra que los mostrara. El 8 de febrero de 1760 mandaba Carlos III que se quitasen «del nuevo Real Palacio todas las estatuas que están en la circunferencia de sus cuatro fachadas», y el 20 de ese mes Sarmiento escribía a su hermano Francisco Javier: «el ministerio presente mira con sumo desagrado todo lo del ministerio anterior […]. Ojalá se arruinase de una vez todo lo obrado».[5] Este rechazo de su proyecto ornamental del Palacio Nuevo acababa con su influencia en la Corte, espoleando un sentimiento de desengaño que se refugia en la tertulia monacal y en los trabajos de erudición.

Abandonar su programa iconográfico de adorno y representación mostraba el cambio de gusto y de uso representativo de los edificios. Martín Sarmiento quería que el palacio fuese un «libro en piedra» y que, como tal, hablara a todos los españoles. Su proyecto era difícil, pero buscaba producir sobre el espectador un efecto, una impresión inolvidable; para ello ideó diferentes formas de dar cuerpo a los adornos (pintura, escultura, tapicería), pero además buscó la variedad en gestos, posturas, etc. Se colocó en el punto de vista del espectador para proporcionar un espectáculo múltiple aunque cerrado, es decir, con sentido en sí mismo, que explicara su función y su destino. Su sistema de adornos contaba con fuerte carga docente e histórica, pero también con mucha emotividad al tratar el pasado español y los hechos heroicos de Felipe V y Fernando VI. Todo ello confería al sistema un sentido narrativo, pero su imaginario visual tenía como referente el mundo barroco y su estética, y no las tendencias modernas, razón, entre otras, por la que se abandonó su plan y se le sustituyó por Anton Raphael Mengs.

[5] Martín SARMIENTO, *Sistema de adornos del Palacio Real de Madrid*, eds. Joaquín Álvarez Barrientos y Concha Herrero Carretero, Madrid, Sociedad Española de Conmemoraciones Estatales, 2002, p. 16.

MODELOS DE RELACIÓN. MISANTROPÍA, SOCIABILIDAD Y URBE[6]

Azorín, en *El alma castellana*, se refiere a Sarmiento como erudito, trabajador, independiente y contrario a la urbanidad.[7] Imagen consolidada que tuvo su proceso de elaboración. Ya en la época se le vio como un excéntrico, como una persona singular, atrabiliaria, misántropa y de mal carácter; imagen que se intensifica al perder el favor de la Corte. Pero aunque él mismo indicó que prefería el trato con los libros y el retiro en la celda con los amigos, en tópico horaciano, y aunque es posible que su carácter fuera así mismo retraído y aunque las disposiciones de la orden benedictina iban también en esa dirección, hay que tener en cuenta que el suyo es un discurso que pretende la consolidación y preservación de la intimidad y de lo privado; un proceso que va en paralelo a las transformaciones que se verifican en el trato social y en las casas, precisamente para que sean más cómodas y confortables y para esquivar a los «visitantes inoportunos», para lo que se construyeron espacios –gabinetes, estudios, cámaras y antecámaras–, cada vez más apartados, en los que poder refugiarse solo o con los elegidos.[8] De modo que el retraimiento que se le adscribe, sin dejar de tener su base real, sería una manifestación de ese proceso de separación de lo público y lo privado mediante la defensa de la intimidad y el control de la propia imagen.

En el opúsculo *El porque sí y porque no* dio respuesta a distintas cuestiones que «intrigaban» a los curiosos de la Corte y a otros que lo conocían de oídas: por qué no publicaba, por qué no salía del convento, por qué no se relacionaba. Por otro lado, una de las características de su personalidad, vinculada a la exposición pública, era dejar informaciones sobre sí mismo, que reparte y repite por sus páginas, llegando incluso a escribir un catálogo de sus obras que luego uno de sus estudiosos convirtió en especie

---

[6] Parte de las páginas que siguen se basan, añadiendo nuevas consideraciones, datos y aspectos, en algunos trabajos míos: «Los hombres de letras en sus cartas. Misantropía y comunicación en la teoría epistolar de Martín Sarmiento», en Rafael Padrón (ed.), *Las cartas las inventó el afecto. Ensayos sobre epistolografía en el Siglo de las Luces*, La Laguna, Universidad/Instituto de Estudios Canarios, 2013, pp. 17-46; «Para la historia de una amistad: Feijoo (1676-1764) y Sarmiento (1695-1772)», en Inmaculada Urzainqui y Rodrigo Olay Valdés (eds.), *Con la razón y la experiencia. Feijoo 250 años después*, Oviedo, Ediciones Trea, 2016, pp. 489-508, y «Martín Sarmiento, o la escritura como gabinete de curiosidades», en Elena de Lorenzo Álvarez (ed.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Oviedo, Trea ediciones, 2017, pp. 83-111.

[7] José MARTÍNEZ RUIZ, AZORÍN, *El alma castellana (1600-1800)*, en *Obras completas*, I, ed. Ángel Cruz Rueda, Madrid, Aguilar, 1959, p. 675.

[8] Palabras de Pierre PATTE en su continuación del *Cours d'architecture*, de Jacques-François Blondel, cit. por Riccardo Montenegro, *Abitare nei secoli. Storia dell'arredamento del Rinascimento ad oggi*, Milano, Leonardo Arte, 1996, p. 134.

de memoria biográfica bajo el título de *Vida y viajes literarios.*[9] Todo lo cual tiene que ver con cierto egotismo, pero también con su creencia en que los escritores debían dejar su retrato biobibliográfico para facilitar la redacción de la Historia literaria y no perder el tiempo en localizar lugares de nacimiento y muerte, ni en deshacer malas atribuciones.[10]

Hay que señalar así mismo que se había convertido en lo que hoy llamaríamos un «personaje» y él mismo había adoptado esa personalidad en apariencia misántropa y alejada del mundo, precisamente cuando en la época lo que tomaba cuerpo como actitud privilegiada de la modernidad era la comunicación, la red de corresponsales, la sociabilidad que potenciaba el intercambio de visitas. En este ámbito, Martín Sarmiento aparecía como alguien refractario a los nuevos tiempos, antiguo frente a las novedades. A esta imagen negativa contribuyó también el hecho de que a Feijoo –con el que se le compara desde pronto– se lo presentara como todo lo contrario. Imagen que hay que desmontar igualmente. Es el mismo Feijoo quien en 1736 escribe, al tratar sobre la «Verdadera y falsa urbanidad» en la Corte: «Mi genio aborrece el bullicio, y huye de los concursos».[11] Este artículo de Feijoo, trufado de erudición y de citas en latín –que desdicen sus propias observaciones sobre su estilo ligero, y se ven después–, comparte algunas ideas, a veces con matices, similares a las que expondrá Sarmiento en diferentes ocasiones y en especial en *El porque sí y el porque no*. También, como él, hace una casuística de las actitudes molestas por la falsa y afectada urbanidad, incluyendo el acoso epistolar, como el mismo Sarmiento –de hecho, da la impresión de que estuviera escrito al alimón–, y las visitas inoportunas. Dice Feijoo:

> Hay unos hombres que, demasiadamente urbanos, son intolerables. Hablo de los visitadores, que parece toman el serlo por oficio, o lo ejercen en virtud de algún particular nombramiento. Estos son unos ociosos que no saben qué hacer de sí, ni qué hacer en el mundo sino cansar a toda la gente honrada del pueblo: unos ladrones del tiempo que inicuamente roban a sus vecinos el que necesitan para sus preci-

---

[9] Sobre los problemas que presenta este texto, José Luis PENSADO, *Fray Martín Sarmiento, testigo de su siglo*, Salamanca, Universidad, 1972, pp. 15-17, y Fernando DURÁN LÓPEZ, *Vidas de sabios: el nacimiento de la autobiografía moderna es España (1733-1848)*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 146-150.

[10] Martín SARMIENTO, *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real*, ed. José Santos Puerto, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2002; *Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de el Miguel de Cervantes*, ed. José Luis Pensado, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1987, p. 61. Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*, Madrid, Castalia, 2006, pp. 172-178.

[11] Benito Jerónimo FEIJOO, «Verdadera y falsa urbanidad», *Teatro crítico universal*, VII, Madrid, Andrés Ortega, 1778, discurso XI, pág. 245.

> sas obligaciones; unos caballeros andantes que con la lengua siempre en ristre se emplean en hacer tuertos, en vez de deshacerlos, unos pordioseros de parleta, que la andan mendigando de casa en casa, unos tramposos de cortesanía, que venden por obsequio lo que es enfado.
>
> […] Lo que ordinariamente pasa es que no bien el visitante, concluidas las ceremonias de despedida, vuelve las espaldas, cuando el visitado echa mil maldiciones a su impertinencia; y si tiene a mano con quien pueda desahogarse en confianza, dice que no vio mayor salvaje en su vida.[12]

A forjar el retrato de Sarmiento, como hombre apartado del mundo, contribuyeron declaraciones que corresponden a momentos concretos que se han generalizado al tomar la parte por el todo. Una de las primeras, si no la primera, pertenece al citado Feijoo y se fecha en 1730, cuando apenas llevaba cinco años en Madrid. El benedictino se refiere a él como a una de las glorias de España, pero sin nombrarlo, y justifica ese silencio en que es «enemigo de que le aplaudan, que huye de que le conozcan. De aquí, y de su grande amor al retiro de su estudio pende que, asistiendo en un gran teatro [como es Madrid], es tan ignorado como si viviese en un desierto» (TC, IV, d. 14. § XXIII, 84).[13] Es posible que esta declaración esté en el origen de su imagen, extrapolada del momento a la totalidad. Quizá todavía en esas fechas era una figura poco conocida en la Corte, pero estaba a las puertas de serlo mucho. No lo sería mayoritariamente pero sí entre los miembros de la República de las Letras, como se verá más adelante, pues en 1731 Salvador José Mañer, al polemizar con Feijoo, desafiaba indistintamente a ambos, conocedor de la fuerte participación que desde al menos 1728 tenía Sarmiento en la edición del *Teatro crítico*.

Pero es cierto que él mismo aceptó ese retrato, seguramente porque en parte encajaba con su personalidad y en parte por sentirse cómodo en ese personaje que la opinión pública exageró y simplificó. A esa aceptación contribuyó más tarde el desengaño y cansancio al que le llevó la exposición pública y la participación en la política cultural de Felipe V y Fernando VI, el tiempo de práctica cortesana madrileña mientras fue consultor de reyes y ministros. José Luis Pensado estima que más de dos terceras partes de sus escritos responden a consultas «de altos personajes de la Corte sobre problemas o cuestiones que les

---

[12] FEIJOO, «Verdadera y falsa urbanidad», p. 265.

[13] Años después si le nombró destacando siempre su erudición. Sarmiento pagó estas alusiones de forma impersonal, al tratar el influjo de las mareas bajas sobre las muertes naturales: «Su elogio serán sus obras del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*, con cuyos escritos, tan aplaudidos como útiles, ilustró la Europa, hizo honor a España y a su patria Galicia, y honró a la religión benedictina y a su monasterio de Samos» (*Obra de 660 pliegos*, IV, § 4759).

preocupaban por entonces».[14] Esto le permitió influir, tener información y contactos que usó cuando fue necesario. Como consecuencia de la fama por su saber y de ocupar un lugar de referencia en la República de las Letras, se dijo que «tuvo que satisfacer al antojo, curiosidad, capricho y tentativa de cuantos quisieron experimentar su vasta comprehensión»,[15] de modo que asesoró sobre catastro, caminos, bibliotecas, imprentas y libreros, derechos de autor, adornos del Palacio Real, sobre hacer potable el agua, medir los grados de latitud, botánica, educación infantil, literatura, etc., recibiendo encargos de Aranda, Ensenada, Sarria, de los duques del Infantado, de Medina Sidonia y otros.

Su sabiduría hizo que tuviera una red de amigos y conocidos eruditos, que lo visitaban, le escribían y pedían datos, como Campomanes, el cardenal Gonzaga, Antonio Ponz, Flórez, Mecolaeta, Feijoo, José Quer, el marqués de Valdeflores, Casiri, García Samaniego, Juan de Santander, Martín Martínez, Rávago y Terreros, entre otros, que también acudían a la tertulia de su celda. Por todo lo cual, Sarmiento «era el oráculo de la Corte y de la nación».[16] Y por lo mismo se ve que esa fama de misántropo asocial no se justifica. Ahora bien, a los motivos de cansancio social urbano para retirarse –pues es feliz cuando abandona la ciudad– hay que añadir el derivado del trabajo que realizó en la Corte durante tantos años como «agente literario» al servicio del proyecto benedictino que encabezaba Benito Jerónimo Feijoo. Hay que recordar, así, que fue él quien trató con censores, impresores y libreros, con nobles y ministros implicados en el proyecto reformista, y con aquellos que querían conocer o cartearse con el autor del *Teatro crítico*. Y que del mismo modo que realizó labores diplomáticas cuando Feijoo cometía «errores políticos», hizo de detective para informarse sobre quiénes eran los que criticaban al padre Maestro, como se constata en la carta del 27 de junio de 1739, en la que le pide noticias sobre fray Marcos Rubiños, que le había hecho unas objeciones.[17] Fue él quien le proporcionó desde tabaco y libros hasta contactos, y quien, en algunas ocasiones, medió para neutralizar o minimizar sus deslices.[18] Así, pues, contaba con una amplia red de relaciones y con dotes diplomáticas.

---

[14] PENSADO, *Fr. Martín Sarmiento*, p. 27.

[15] ANÓNIMO, *Vida y obra del Rvdmo. P. M. Fray Martín Sarmiento (1695-1772), sacada a la letra de un manuscrito anónimo del s. XVIII*, eds. Isidro García Tato y Felipe Valdés Hansen, Santiago de Compostela, CSIC, 2003, p. 171.

[16] *Vida y obra*, p. 160.

[17] Maximino ARIAS, «Catorce cartas de Feijoo al P. Sarmiento», *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, 4-5 (1977), pp. 5-69. La carta en la p. 35.

[18] Inmaculada URZAINQUI, «Estudio preliminar», en Benito Jerónimo Feijoo, *Obras completas, tomo II. Cartas eruditas y curiosas*, I, eds. Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José, Oviedo, IFESXVIII/

Por otro lado, el incremento del intercambio epistolar –de lo que los sucesivos reglamentos de correos son una consecuencia– da cuenta de un proyecto social basado en compartir valores y conocimientos que tiene que ver con la fe en la perfectibilidad difundida por la Ilustración y en la visión de un mundo comunicado. Que él recibiera tantas cartas como recibía es señal de lo conocido que era, de su fama, y de que se imponía entre el público la costumbre de dirigirse, aunque no se los conociera, a los famosos. Ahora bien, este discurso de la colaboración no acalló la suspicacia de algunos respecto del nuevo proceso civilizador, revelada al criticar el abuso de las modernas formas de sociabilidad, el mundo de tertulias, visitas y correspondencias. Forma de desconfianza y misantropía más o menos beligerante que no se silenció ni en los momentos de mayor aceptación del programa ilustrado.[19]

Seguramente, una de las mejores defensas de esta misantropía (o simplemente de la moderación en las prácticas de sociabilidad), que respeta al hombre en sentido abstracto pero prefiere tener con él un trato medido en su casuística cotidiana, y desarrolla las implicaciones políticas y morales, tanto de la misantropía como de la filantropía, es el libro *Molestias del trato humano*, escrito en 1745 por el benedictino Juan Crisóstomo Olóriz, centrado más en las visitas y tertulias que en la comunicación epistolar. En esta línea se inserta en parte Sarmiento, que a veces aparece instalado en una utopía de soledad y aislamiento de la sociedad civil, reconocido en su sueño de vivir en un desierto, sin visitas ni cartas.[20] Esta condición misantrópica es la que le lleva a menudo a evitar determinados contactos, pues se encuentra en una relación con el mundo de carácter crítico y polémico que, a su vez y con frecuencia, le hace reflexionar sobre las nuevas prácticas de sociabilidad como seguidor de Olóriz, Torres Villarroel y Quevedo. Es cierto, por otro lado, que la orden benedictina favorecía la experiencia de la individualización máxima, resumiendo el trato de unos monjes con otros a solo el canto y el rezo.[21] Por eso, quizá, los textos de Olóriz y de Sarmiento a este respecto sean el resultado de colocar a personalidades proclives a la melancolía y a la soledad en un entorno que fa-

---

Ayuntamiento de Oviedo, KRK ediciones, 2014; Noelia GARCÍA DÍAZ, *El epistolario de Benito Jerónimo Feijoo (en los inicios del ensayo moderno)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2015 (tesis doctoral); ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Para la historia de una amistad».

[19] Véase el análisis de Fernando R. DE LA FLOR, *Misantropías. Políticas de la enemistad entre el barroco y la Ilustración española*, Salamanca, Editorial Delirio, 2008.

[20] Juan Crisóstomo OLÓRIZ, *Molestias del trato humano, declaradas con reflexiones políticas y morales sobre la sociedad del hombre*, Madrid, Antonio Marín, 1745; reeditado en 1788. Sobre esta obra, ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras…*, pp. 58-67.

[21] RODRÍGUEZ DE LA FLOR, *Misantropías*, p. 35.

vorecía el aislamiento. Cosa que no sucedió al mediático y público Benito Jerónimo Feijoo, también benedictino, como se sabe.

Pero, en realidad, Sarmiento no fue siempre renuente al trato social, practicó una «misantropía selectiva», si se quiere, embocada a defender su tiempo y su propio espacio de las amenazas exteriores, en forma de epístolas, peticiones de favores e intromisiones.

Ahora bien, la conciencia que tenía de sí mismo como personaje, el interés que tenía en controlar la imagen que daba y se tenía de él –la fama de raro y la acusación de no ilustrar a la sociedad porque no publicaba–, le llevaron a escribir un opúsculo, que permaneció inédito aunque corrió en copias manuscritas, titulado *El porque sí y porque no*, fechado entre 1758 y 1759, no tanto para defenderse de las imputaciones cuanto para explicarse y contribuir más a hablar de sí mismo, a esculpir su propia talla, algo que hace con suma frecuencia en sus escritos.[22] El texto informa sobre su psicología y sobre la sociabilidad literaria de Madrid, en especial, por lo que se refiere a las conversaciones y a las cartas, ya que reflexiona sobre ellas desde su experiencia de hombre que escribe mucho y al que escriben mucho, y que, por tanto, lleva una fortuna gastada en cartas. Podría haberse comprado muchos libros, señala, si no hubiera tenido que pagar tantas epístolas, porque entonces quien las pagaba era el que las recibía, no quien las enviaba.

Gran parte de lo que escribe tiene que ver con sus relaciones con el entorno y con lo que piensan de él. En cierto modo, *El porque sí y porque no* es una especulación sobre los inconvenientes de la condición sociable de los individuos y de la suya propia, además de una teoría y defensa de la misantropía selectiva, del retiro y la reserva. Explica su carácter y la opinión que tienen de él desde su sinceridad, que le hace ser poco sociable –«no sé hablar sino como pienso: por eso debo vivir tan retirado del mundo»–.[23] Su trabajo y curiosidad le llevan a valorar el tiempo y a rechazar a los que se lo hacen perder;[24] condición y actitudes que, para los demás, le otorgan la índole de misántropo.

> Yo soy en boca de todos, con distribución acomodada, *un hombre ridículo, duro, adusto, tétrico, hipocondríaco, insociable, seco, serio, desabrido, incomunicable,*

[22] Martín SARMIENTO, *El porque sí y porque no*, eds. Michel Dubuis, Nicole Rochaix y Joël Saugnieux, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII/Université Lumière-Lyon II, 1988.

[23] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 29.

[24] «Aun a los más amigos, con los cuales converso con especial gusto por ser literatos, tengo prevenido que no vengan a mi celda por las mañanas, porque siempre tengo que hacer. Que, o vengan por la tarde, o que sólo vengan las mañanas de los domingos, que expresamente quiero aprovechar con los amigos de veras», *El porque sí…*, p. 67.

> *melancólico, intratable, indómito, terco, tenaz, testarudo, huraño, incivil, inurbano, descortés, grosero, inmanejable, voluntarioso:* y en fin, si le hay en ridiculizarme, que soy otro *Timón Ateniense, nuevo Misántropo en Madrid* (La cursiva, si no se indica lo contrario, es del autor).[25]

El benedictino se presenta como hombre de una sola pieza, a la antigua usanza: «no sé escribir sino como hablo y como pienso: por eso debo huir de tomar la pluma y de ponerme al mecánico oficio de escritor, que debe abandonar aquellas conformidades para hacer fortuna en serlo».[26] Afirmación que trasluce una actitud política, moral y urbana basada en la verdad y no en la apariencia, que le lleva a descubrir en la sociedad la falsedad de respuestas y tonos, aquello que no es verdadera urbanidad. De manera que, al ser sincero, no se considera inurbano ni descortés (como le acusan), sino que muestra su buena educación y cortesía, basada en ser y no en parecer. Sin embargo, esta aparente sinceridad era vista por no pocos como una falta de cortesía. Feijoo, en el ya citado artículo sobre la urbanidad, señala que: «Así como hay muchos que son inurbanos por mentirosos, hay algunos que también lo son por veraces, indiscretos o inconsiderados. Hablo de aquellos que, a título de desengañados o desengañadores, sin tiempo, sin oportunidad y contra todas las reglas de la decencia, se toman libertad para decir cuanto sienten. Esta es una especie de barbarie cubierta con el honesto velo de sinceridad».[27]

Feijoo comenta que hay un punto medio entre la adulación y la mala educación. Por su parte, explica Sarmiento su reserva y gusto por el retiro social (no por la falta de comunicación con sus amigos) en su tendencia a la soledad y rechazo general del trato humano.[28] Su negativa a publicar su correspondencia, además de por esa predisposición natural, tuvo una motivación concreta (un agravante, si se quiere) en que algunos impugnadores de Feijoo imprimieron en 1731 sin permiso del Maestro varias de sus cartas. En el prólogo de su *Demostración crítico-apologética del Teatro crítico universal* (1732) da cuenta de que esa acción le parece «una de las mayores insolencias que hasta ahora he oído».[29] Por otro lado, en abono de no publicar su correspondencia estaba que

---

[25] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 33.

[26] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 30.

[27] FEIJOO, «Verdadera y falsa urbanidad», p. 253.

[28] Varios años antes, en 1745, escribió las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1775. Ahí reconoce la «innata repugnancia que siempre ha tenido y tiene mi genio a todo lo que es comercio humano fuera de mí mismo y de mi celda» (p. XVI). Más adelante, insiste: es «hombre inepto para todo comercio humano» (p. XIX), aunque la práctica cotidiana lo desdice.

[29] Martín SARMIENTO, *Demostración crítico-apologética del Teatro crítico universal*, I, Madrid, Viuda de Francisco del Hierro, 1739, s. p.

la sinceridad de sus expresiones podía acarrearle problemas, si lo que se escribía para el ámbito privado saltaba al público.[30]

El análisis que hace de las relaciones sociales y epistolares en *El porque sí…* se encuadra en sus comentarios a la nueva urbanidad, rechazada en términos generales porque la entiende, con Olóriz, como una forma de falsedad y disimulo, en beneficio de las maneras antiguas, más auténticas: «es peste de esa sociedad dar un no por sí y un sí por no; pues en eso consiste la mentira, falsedad, felonía, traición, alevosía, engaño, embuste e impostura». Sarmiento se separa aquí de los teóricos barrocos que habían cavilado sobre la disimulación, el trato en la Corte, etc. Y acusa:

> aquellas y otras semejantes acciones de cruel alevosía, son consecuencias del lenguaje político y escogidas frases de su retórica […]. Una refinada perversidad del corazón, como la definió san Gregorio: *Mentis perversitas, urbanitas vocatur* [La perversidad de la mente se llama urbanidad]. No que sea así; sino que así la llaman los que la usan: como por el contrario llaman fatuidad a todo lo que es candor, sencillez, realidad y pureza de corazón, que ya no son de la moda.[31]

Esta defensa de los valores «auténticos» del individuo de una pieza, sin dobleces, frente a la «hipocresía» moderna, que lo presenta en sus variadas actitudes sociales y reinterpreta los viejos conceptos hasta hacerlos significar otra cosa –según su opinión–, ampara su manera de ser y explica que le tachen de descortés, grosero, inurbano, etc. Sarmiento, que acepta la cortesía, la urbanidad, la buena educación, en tanto que «un más racional primor del trato y comunicación de los hombres […] en la sociedad humana para hacerla más apetecible», rechaza sus formas modernas, al verlas como modos del engaño (32) y retóricas de la envidia y la necedad (34). Relacionarse está bien si hay algo que decirse, por moda vacía de contenido es una pérdida de tiempo. Su elogio de la misantropía y el individualismo nace del respeto al otro, a sí mismo y a valores como la amistad, el trabajo y la curiosidad.

Tras analizar la sociabilidad pública en tertulias, plazuelas, corrillos, paseos, estrados, comedias, toros, tabernas y figones, desde la perspectiva de la conversación, y de quienes socializan: «pelucas, golillas, corbatas, espadas, bonetes, capillas, gabanes y

---

[30] En algunas dirigidas al duque de Medina Sidonia insiste en esas ideas y en que «quisiera ver quemadas todas aquellas cartas que he escrito, más como máquina que como racional», 10 de mayo de 1756; Martín SARMIENTO, *Cartas al duque de Medinasidonia, 1747-1770*, ed. José Santos Puerto, Ponferrada, Instituto de Estudios Bercianos, 1995, p. 117.

[31] SARMIENTO, *El porque sí…*, pp. 31-32. Los números entre paréntesis que se ven en esta página y en las siguientes corresponden a páginas de este libro.

polainas» (48- 49); tras defender su derecho a ser como es –«déjenme con mi genio, mi retiro y mi conducta» (46)–, decide «abrazar el extremo de no salir de casa y el de huir de todo comercio de Corte» (53). Estas páginas, en paradoja, muestran que conocía muy bien los diferentes ambientes y tipos de la ciudad, y desmontan ese aislamiento que se le atribuye, pero están escritas tras la caída de Ensenada y Rávago y a las puertas de la llegada de Carlos III.

Ahora bien, comparte con Rousseau su desprecio por la ciudad, la consideración de que es un foco de pecados e insolencias. Piensa que Madrid se había convertido en una demasiado populosa villa a costa de despoblar otros lugares, en lo que ve múltiples perjuicios, pues estos se pierden y aquella se encarece y se vuelve invivible por la desproporción entre el número de habitantes, el espacio disponible y los suministros. En su *Obra de 660 pliegos* denuncia que los que llegan, en su mayoría, no tienen ni oficio ni beneficio y su presencia encarece productos y alquileres al haber mayor demanda, aunque ellos no consumen porque no tienen dinero. En la capital sobra gente, que debería permanecer en el campo y en otras ciudades, dedicada a la agricultura y a la industria. A la altura de 1763, la ciudad era para él

> una sentina de ociosos, viciosos, chismosos, embusteros y charlatanes. Cada uno de esos come y triunfa por tres labradores y no trabaja por medio. Y, para que Madrid sea un remedo de Babel y Babilonia, es una sentina de confusiones, de pepitoria de varias lenguas, de contradicciones en trajes, costumbres, religión y política (tomo V, f. 436).[32]

Pero es que unos años antes, en descripción físico-moral, señalaba que viviendo en el centro no podía pasear y que

> al ambiente físico de Madrid cada día se le pegan muchas impresiones morales pestíferas que, con otras impresiones de animales y de la universal inmundicia, forman una pútrida atmósfera, crasa y heterogénea, que se hace visible de lejos y que se palpa de cerca. Ese corrupto ambiente se inspira y respira; y sin sentir se camina por la posta al estado de no respirar.[33]

Es, por tanto, preferible quedarse en la celda, falta de movilidad por la que acabó teniendo problemas de salud. Quería que Madrid representara realmente al reino, para lo

[32] BNE, sig. ms. 20395.

[33] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 54. Madrid no era la única ciudad sucia y desordenada de la Europa del siglo XVIII. A partir de los años sesenta, los viajeros hablan de su limpieza y la comparan en positivo con otras como Londres y París, mucho peores. Véase Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*, Madrid, Abada editores, 2017.

que su Palacio había de reunir una serie de características y una iconografía (que detalló en su *Sistema de adornos*), pero también sugirió que las calles y plazas educaran a los ciudadanos gracias a sus nombres y a las estatuas de los personajes que las adornarían.[34] Con estas ideas sobre la dimensión didáctica de la ciudad, la frivolización de las relaciones y de los entornos no encajaba en su visión de la sociedad.

Es precisamente su exposición en Madrid, las «experiencias poco gratas» que tuvo, lo que le decide a retraerse de la Corte. Pero a él, por el contrario, le gustaba caminar y comunicarse, como evidencian sus cartas y su *Viaje a Galicia*, en el que cuenta que pasea y aprende de su charla con los que encuentra. Así, le escribe desde Pontevedra al director de las obras del Palacio Real, Agustín de Hordeñana, el 24 de junio de 1754:

> Ya estoy hecho un perpetuo tunante y paseador de calles y de todas las vecindades de este pueblo, siguiendo cada día uno de los treinta y dos rumbos de la aguja de marear […]. Esta experiencia y la misma que he tenido aquí el año de 45 me hacen creer que mi complexión es más propia para andar por el mundo, que no para estar y vivir apelmazado entre cuatro paredes o que, por especial favor que debo a Dios, es indiferente para cualquiera de los dos extremos.[35]

Y poco después, al duque de Medina Sidonia, el 12 de agosto de ese mismo año le muestra su diferente actitud vital, sociable, según esté en la capital o en Pontevedra:

> Pasear, estando en Madrid, me es imposible, a no querer abrazar el empleo de agente de negocios o el de mullidor de cofradías. Por acá, estoy inquieto todo el día que no paseo media legua, viendo siempre la ría y todo el horizonte de verde esmeralda […]. Aquí soy sociable con todo el género humano, sensitivo y vegetal.[36]

Salir de la celda para cuidar su salud, como le aconsejan, es razonable, pero Madrid le resulta agresivo por su condición de gran ciudad y por la cantidad de habitantes, que calcula en doscientos mil (aunque eran menos), muchos de ellos estafadores, extranjeros y gentes sin oficio, según se acaba de ver:

> Si yo viviese en un desierto, eran excusadas esas persuasiones. Yo mismo me persuadiría a salir y hacer ejercicio. Pero viviendo en el centro de Madrid, también esas persuasiones son excusadas, pues jamás me podré persuadir a pasear por cuestas áridas y pendientes con el pretexto de hacer ejercicio para mi salud. No se pue-

[34] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Cultura y ciudad*, pp. 217-226.

[35] En *Sistema de adornos del Palacio Real de Madrid*, p. 20.

[36] SARMIENTO, *Cartas al duque de Medinasidonia*, p. 94.

> de bajar al río Manzanares sin la molestia de un precipicio al bajar y de una desalmada cuesta al volver.[37]

Con la bajada al Manzanares se refiere a los nuevos paseos abiertos dentro del plan urbanístico para integrar el sur en la capital. Las razones físicas, las medioambientales y morales aconsejan quedarse en casa. Sarmiento es un misántropo selectivo; elige a aquellos con los que quiere socializar, con los que no pierde el tiempo o no le importa perderlo (61), a los que escribe y con los que se reúne las mañanas de los domingos.

SARMIENTO Y LA SOCIABILIDAD EPISTOLAR

Sus ideas sobre la comunicación epistolar van en consonancia con lo señalado acerca de la relación del individuo con su entorno social. Si era contrario a la pérdida de tiempo y a ocultar la maledicencia e hipocresía tras los nuevos modos de sociabilidad, también rechazaba que la correspondencia se empleara para invadir la intimidad de las personas, pero no la negaba en sí misma, a pesar de que «las cartas son muy semejantes a las visitas, pues son unas visitas por el correo […], lo que más lloro es el infinito tiempo que he perdido en responder a ellas. Tengo existentes todas cuantas he recibido desde el año [1]725».[38]

Y Feijoo, a pesar de la construcción historiográfica posterior que lo presenta como hombre sociable, escribió de forma terminante en 1736:

> En la multitud de cartas se peca como en la frecuencia de visitas: ni las cartas son otra cosa, que unas visitas por escrito. Son muchos los que incurren en este abuso […]. Hay no pocos que las escriben por la vanidad de mostrar las respuestas, para que los respeten como a hombres, que se corresponden con personas distinguidas. Estos son molestos para aquellos a quienes las escriben, y para aquellos a quienes las leen.
>
> […] ¿Pero qué remedio habrá contra tales impertinentes? Hacerse desentendidos los que reciben las cartas, y no responderles. ¡Oh, que esto es falta de urbanidad! No, sino sobra de discreción; y la aprehensión contraria reputo por error común. No hay quien tenga por inurbanidad despachar una u otra vez a un moliente de visitas haciendo que no está en casa. ¿Por qué será inurbanidad portarse con un moliente de cartas como si una u otra se hubiese perdido en el correo? […] Ello, parezca bien o mal, yo así lo practico, y me es absolutamente imposible hacer otra

[37] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 54.

[38] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 70.

> cosa, siendo cierto que si quisiese responder a todos, ni tendría caudal para pagar los portes, ni tiempo para escribir las respuestas.[39]

Como en otras ocasiones, al explicar su postura, Sarmiento amplía el foco y traza un panorama del uso que se hacía de las epístolas, incluido el fraudulento, para lo que remite a prácticas encaminadas a alcanzar fines deshonrosos. Por un lado, están los «petardistas» que en Correos se enteran de las letras de pago que llegan y se las arreglan para cobrarlas;[40] por otro, aquellos que se quieren hacer con la firma del autor, es decir, con lo que esa firma supone y avala, con su prestigio y nombre, para falsear documentos. Estos párrafos destacan la importancia de la fama y del nombre propios, su gran valor como capital personal y auténtico, de crédito, que tiene el individuo. Todo el folleto es de gran interés personal, pero así mismo por cuanto explica de la ciudad y porque sitúa las conductas y las suyas propias en el marco urbano que las determina. Este elemento referencial es de la mayor importancia en la construcción que hace de sí mismo, pues se dibuja como ciudadano, para bien y para mal, signado por la controversia de los tiempos y los ritmos de la ciudad. Retrata un Madrid lleno de hampones, no solo literarios, que sobreviven en la picaresca. Otros le «visitan» haciéndole llegar por correo, sin conocerle, sus escritos para que opine y luego, sin su permiso, utilizar sus páginas como pórtico de su publicación; lo cual es apropiación indebida (72). Sin olvidar a los que le piden favores y apadrinamientos, que rechaza porque es contrario a ese sistema. «Hartos chalanes hay en Madrid que viven de esta manipulación» (77).[41]

Estas conductas son malintencionadas, formas de degradar el uso de la correspondencia. Por eso escribió: «lo mejor de las cartas es no escribirlas»,[42] porque para él, escribirlas es hablar con un amigo, lo cual está justificado cuando el asunto o las circunstancias así lo piden, no cuando lo dicta el capricho o el interés. Así pues, si no tiene sentido ni está obligado a recibir a alguien que no conoce, ¿por qué ha de aceptar y contestar cartas de desconocidos? Por tanto, su manera de ser es más apropiada para vivir retirado en un desierto, «sin impertinencias de visitas, memoriales y cartas».[43]

---

[39] FEIJOO, «Verdadera y falsa urbanidad», pp. 270-272.

[40] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 66.

[41] En las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, p. XIX, confesó su «imponderable aversión a todo lo que es pedir cosa alguna en este mundo, ni para mí, ni para otros».

[42] Carta a José Antonio Armona, el 15 de mayo de 1761; *apud* Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Correspondencia entre el Padre Martín Sarmiento y José Antonio Armona», *Revista de Literatura*, 50 (1987), p. 212.

[43] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 78.

Pero, como se señaló, no desprecia la función de las cartas como articuladoras de redes de comunicación y sociabilidad y medio de expresión de los afectos y preocupaciones, pues se sirve de ellas para eso, pero una y otra vez remite al abuso con que se usan. En cierto modo, nos encontramos ante uno de los primeros críticos de lo que después se ha llamado sociedad de la información y de las redes sociales, en las que se degradan esos conceptos al dar cabida a casi todo dentro de los términos «comunicación» e «información».

Ahora bien, a pesar de sus matices y de la crítica al abuso del uso epistolar, las misivas, como la escritura en general, le permitieron elaborar una imagen de sí mismo y profundizar en su propia personalidad. Las cartas, igual que las visitas y la conversación, le sitúan en una intersección entre lo público y lo privado que no siempre le resulta agradable. Se siente incómodo expuesto a la contemplación pública, sea de forma directa en «las funciones literarias» o en la calle, sea por la mediación de un texto epistolar que llega a diferentes destinatarios, cuya utilización no siempre puede controlar.

Por otro lado, al no hacer copias de las cartas, como dice, facilitaba que se pudieran alterar al transcribirlas, pues no había posibilidad de contraste. De ahí su cautela, no solo respecto del robo de su firma e identidad. En el fondo, escarmentado de lo sucedido con las mal empleadas de Feijoo en 1731, Sarmiento defiende su discurso, su voz y su fama, y procura mantenerse al margen de cualquier manipulación. Consciente del valor de la palabra, le preocupaba no poder controlar su discurso en todos los ámbitos. En gran medida, toda su reflexión sobre lo epistolar le enfrenta tanto al problema del receptor y del destinatario de la carta, cuanto al más amplio de la circulación de los textos en general y sus diferentes usos y desvíos.

Su crítica de las formas de sociabilidad lo sitúa entre los antimodernos o los modernos conservadores,[44] que opinan desde el pesimismo con sentimientos ambiguos respecto de la sociedad cambiante. Sarmiento es moderno de forma crítica al aplicar sobre los modelos nuevos el propio discurso de la crítica, lo que hace que a veces aparezca como antiguo al preferir lo que no es novedoso. Es también independiente, porque, instalado en su mundo interior por fidelidad a lo que considera lo mejor de la tradición, no desdeña revisar sus presupuestos o adoptar de lo moderno lo que le parece útil. Diferencia entre su yo y lo exterior desde un punto de vista moral, y el uso de determinadas formas nuevas de sociabilidad, como la correspondencia y las visitas, hace que se repliegue sobre su espacio interior. Esa actitud, que no quiere imponer a otros, es para él el modo

[44] Antoine COMPAGNON, *Los antimodernos*, Barcelona, Acantilado, 2007.

correcto y virtuoso (productivo) de vivir, frente a las nuevas dinámicas de trato y relación. Su discurso, como el de Olóriz, muestra la supervivencia del pensamiento tradicional y los modos en que se ponía al día, en el marco de renovación de las cosmovisiones.[45]

La carta superflua, asimilada a la cháchara de las tertulias y al arte de agradar en sociedad, se vuelve en su lectura ética de lo moderno expresión de la mentira y de la disimulación. Todo ello es crítica del exceso de «comunicación» y de las nuevas instancias para la interrelación, del exceso de exposición que trae la nueva sociedad y le crea inseguridad, pues lo sacan de su estado y medio conocido para abocarlo al creciente comercio del trato social, para el que no posee los instrumentos necesarios, pues la comunicación según sus presupuestos tiene como objetivo la búsqueda de la verdad, no un juego verbal e ingenioso para brillar en salones y tertulias, por ejemplo, que es lo que se esperaba de los hombres de letras en ellos,[46] a pesar de que era dado, por lo que sabemos, a sorprender a sus visitantes.

José Luis Pensado[47] cree que era esclavo de su público, y esto puede parecer una paradoja si se considera la imagen de sabio apartado del mundo que se ha referido. Pero en realidad no lo es. No solo se debía a sus amigos contertulios, sino que le gustaba asombrarlos con conocimientos y objetos variados y curiosos, como algunos que tenía en esa especie de gabinete de curiosidades que era su celda. Al hacerlo, se comportaba casi como uno de esos modernos criticados por hacer un uso público (incluso frívolo) del saber. La dimensión social del conocimiento es propia de la época, de ahí el auge de los salones y tertulias, y a ella sucumbe. Su celda era su salón, lo que destaca la importancia de la conversación como elemento caracterizador del hombre de letras y de la época.[48]

Por otro lado, su *Porque sí y porque no* se puede entender como un tratado de urbanidad a la contra, expuesto mediante la crítica de las medidas sociales abusivas que invadían la intimidad de los individuos, así como el discurso de Feijoo sobre la «Verdadera y falsa urbanidad» acaba siendo también un tratado sobre buenas costumbres que enfatiza (igual que Sarmiento) los aspectos éticos de la conducta y las relaciones humanas.

---

[45] Francisco PUY, *El pensamiento tradicional en la España del siglo XVIII (1700-1760)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966.

[46] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras……*, pp. 39-132.

[47] En *Viaje a Galicia (1745)*, ed. José Luis Pensado, Salamanca, Universidad, 1975, p. 29.

[48] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras…*, pp. 108-132.

SARMIENTO Y FEIJOO. LA IMPLICACIÓN DEL PRIMERO EN EL PROYECTO REFORMADOR DE LA ORDEN BENEDICTINA

Otro asunto que determinó la imagen y la comprensión de su figura es su relación con Feijoo, en la que siempre aparece en segundo plano, como la persona que facilita materiales y resuelve problemas. Hay que detenerse sobre su relación, tanto por la importancia que acabó teniendo para la cultura española el proyecto de la orden benedictina para la reforma cultural, como por los papeles que se asignaron a cada uno. Que era proyecto de la Orden queda claro en el prólogo al tomo II del *Teatro crítico universal*: «Años ha que muchos sujetos de mi sagrada religión, algunos de la primera magnitud, han estado lidiando con mi pereza, o con mi cobardía, sobre que trabajase para el público. Vencido al fin de sus instancias, y determinado a escribir para imprimir, les comuniqué diversos proyectos que tenía ideados, entre los cuales escogieron por más útil y por más honroso el que sigo». En la estrategia de defensa de sus miembros en momentos de ataque, también se ve, como en la aprobación del tomo III, firmada por cuatro benedictinos, que es un elogio del proyecto y de su principal cara visible. A este respecto, Enrique Rodríguez Cepeda señala que «el consejo benedictino nota la necesidad de intervenir en el «efecto» («asunto Feijoo»), y toma posición política y moral en la disputa que están creando los escritos del P. Maestro», de modo que «la *Demonstración* [se refiere a la *Demonstración crítico-apologética*, de Sarmiento] se piensa y se empieza a construir a partir de las necesidades y ausencias que descubría la polémica en torno a Feijoo». Por su parte, Inmaculada Urzainqui, también señala que fueron sus superiores quienes «eligieron, de los proyectos que barajaba, […] el que consideraron más digno y de mayor utilidad para el público: la impugnación de errores comunes».[49] Por otro lado, aunque se suele olvidar, ya Giovanni Stiffoni destacó el papel de Sarmiento como instigador y animador del proyecto reformista.[50]

En cuanto a las imágenes, a Feijoo se lo presenta como un optimista contento de sí mismo y de su aportación, hasta el punto de que, cercano el fin de sus días, escribe: «he vivido muchos años, y […], combinado todo, me parece que algo menos malo está el mundo que estaba cincuenta, o sesenta años ha» (*Cartas eruditas…,* tomo V, carta XVII, párrafo 3).[51] Este optimismo determinó su escritura, su visión del mundo y su actitud pú-

[49] Enrique RODRÍGUEZ CEPEDA, *De Benito Feijoo a Martín Sarmiento. Bibliografía e iconografía crítica de la obra de Feijoo*, Lugo, Diputación Provincial, 2008, p. 242; URZAINQUI, *Cartas eruditas y curiosas, I*, p. 27.

[50] Giovanni STIFFONI, «Introducción» a *Teatro crítico universal*, Madrid, Castalia, 1986.

[51] Inmaculada URZAÍNQUI, «La Ilustración sonriente: Feijoo y la risa», *Bulletin Hispanique*, 104 (2002), pp. 443-489.

blica de ganador, visible en tantas declaraciones contra sus contradictores y en los prólogos en los que capta la benevolencia de un público que percibe entregado y adepto. Desde luego, tenía razones para sentirse triunfador y para sentir así a la audiencia, a la vista de las tiradas editoriales, de las reediciones de los tomos de sus obras, del número de lectores[52], de la comunicación que tenía con ellos y de cómo se había convertido en consejero de muchos, que le escribían pidiendo su parecer, sugiriendo o haciendo crítica. Pero su respuesta a estos corresponsales molestos, como se ha tenido oportunidad de comprobar, apenas es distinta de la que tenía Martín Sarmiento, a pesar de su fama de atrabiliario:

> Ciertamente –escribe a Sarmiento el 26 de diciembre de 1739– yo no tengo la paciencia que Vuestra Paternidad para condes chochos y majaderos. Un duque (el de Béjar) empezó a molerme; plantéle una petición, a la cual decretó no escribirme más, y con eso quedé contento. *¿Es bueno que un señor a título de su título ha de pensar que me hace merced en majarme con cartas o con visitas? Vaya noramala no sólo su señoría, mas también su excelencia. Yo escribiré al conde sólo porque Vuestra Paternidad me lo persuade*; pero guárdese de venirme con más chocheces que me haré el sordo. Más temo el cargo que Dios me ha de hacer del tiempo que pierda en responder a condes, que del que gasto en hablar con monjas.[53]

Feijoo y Sarmiento fueron amigos, pero realmente se sabe muy poco de esa amistad, más allá de las coordenadas temporales que los unieron y de las funciones que el mismo Feijoo, o la Orden, asignó al segundo en el proyecto común y que después los estudiosos han aceptado sin reservas. Gregorio Marañón se acercó a ellos desde la perspectiva del matrimonio, pues, si detrás de todo gran hombre solía decirse que hay una gran mujer, el médico famoso trasladó ese esquema para convertir a Sarmiento en «ese otro ser que en la sombra le sirve y desembaraza [a Feijoo] cuando es menester; que le sostiene cuando decae; que, en muchas ocasiones, le inspira». Marañón vio a Sarmiento –cuya obra apenas debió conocer– como la sombra de Feijoo, solo capaz de recopilar porque su «contextura moral y mental» solo le permitía «reunir los materiales y dárselos preparados al hombre constructor».[54] Es decir, a Feijoo, genio luminoso que desde la periferia construye un magnífico edificio que significa el origen de la modernidad, del pensa-

---

[52] José Miguel CASO GONZÁLEZ y Silverio CERRA SUÁREZ, *Obras completas de Feijoo. I Bibliografía*, Oviedo, Cátedra Feijoo, 1981; François LOPEZ, «La obra de Feijoo en la historia de la edición española (siglo XVIII)», en Inmaculada Urzainqui (ed.), *Feijoo, hoy*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003, pp. 317-336.

[53] Guadalupe de la NOVAL, «Cuatro cartas autógrafas del P. Feijoo al P. Sarmiento», *Yermo, Cuadernos de Historia y de Espiritualidad Monástica*, II (1964), pp. 259-265. La cita en pp. 263-264, la cursiva es mía. Ejemplo de cómo intervenía Sarmiento para limar asperezas de trato.

[54] Gregorio MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1962, pp. 133 y 134.

miento racional y libre y del gusto por raciocinar; a Feijoo, el forjador de un instrumento que enseñó a pensar a muchos después, o quizá, más bien, de una actitud vital que podemos llamar o caracterizar como Ilustración, pues su trabajo encarna en muchos aspectos los perfiles y límites del periodo. Feijoo se dibuja, así, como el genio que crea una forma moderna de comunicar, que elabora los mecanismos de pensamiento que desmontan los tópicos y las creencias erróneas desde la crítica.

Grabado de Juan Bernabé Palomino a partir del retrato (en la actualidad perdido) realizado por Francisco Antonio Bustamante a finales de 1733 o en 1734.

Pero ya en la época esa distribución de papeles fue cuestionada por individuos que estaban cerca y no tenían mala información, para los que Sarmiento tiene más conocimientos y más amplios que Feijoo, como confiesa Jovellanos a Antonio Ponz. Tras referirse al estilo «pedantesco», sin lógica y frívolo de fray Benito, añade: «Téngame usted por temerario. Pero entre tanto puedo oponer el dictamen de otro sabio benedictino, el de su mismo maestro el docto Sarmiento. Vea usted lo que dice acerca de las romerías de Galicia en un excelente tratado y comparando sus razones con las de su discípulo, decida por sí

mismo».[55] No solo para Jovellanos el discípulo era Feijoo y Sarmiento el maestro, así se comprueba en la carta que el 28 de febrero escribe Juan Luis Roche a fray Martín comentándole que a él, como a otros de su círculo, les parece que su obra excede en erudición a la de fray Benito.[56] Hay que añadir, para ser honestos, que, según el anónimo biógrafo de Sarmiento, Feijoo también le «miraba como maestro suyo, confesando con complacencia la superioridad de su erudición».[57] Pero es cierto que Feijoo veía la erudición como un lastre, como una limitación estilística de Sarmiento (de lo que se trata después).

Entre ambos, pues, se establecieron diferencias, reales o aparentes, funciones y representaciones de sus caracteres que se asimilan a identidades sociales y posturas ideológicas. Ellos mismos contribuyeron a delinear sus personajes. Feijoo el de hombre sociable, brillante, gran conversador y con tertulia en la celda, moderno, mientras de Sarmiento se destaca su insociabilidad y su erudición como un lastre. Sin embargo, según se vio, también tenía amigos, corresponsales y tertulia en su celda y era buen charlista y humorista socarrón, porque ser sociable significa elegir con quién y cuándo serlo, y algo moderno había de ser cuando acepta el newtonismo, por ejemplo, y fue estrecho colaborador de quien protagonizó la mayor revolución cultural española de la época.

La fama de Sarmiento traspasó, como la de Feijoo, las fronteras. Se carteaba con diferentes intelectuales y Muratori, por ejemplo, se refiere a él como «onore dell'ordine benedettino in Ispagna».[58] Era uno de los hombres de letras que sentaba plaza en la Corte y al que se ve necesario descalificar, para limitar su influencia, desde los *Diálogos de Chindulza*, ese ensayo de espionaje intelectual que pretendía el desprestigio cultural de la Corte de Fernando VI ante la llegada de los nuevos equipos de Carlos III.[59]

Feijoo se refirió a Sarmiento en varias ocasiones, siempre valorando su erudición y competencia y el retiro en que vivía. Se tiene la impresión de que buscaba diferenciarse de

---

[55] Gaspar Melchor de JOVELLANOS, «Carta sobre las romerías de Asturias», *Obras completas*. *IX. Escritos asturianos*, eds. Elena de Lorenzo Álvarez y Álvaro Ruiz de la Peña Solar, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2005, p. 120. En carta a González de Posada del 22 de mayo de 1805 dice lo mismo.

[56] Manuel PACHECO ALBALATE, *Una visión del siglo XVIII: cartas del erudito Roche al benedictino Sarmiento*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento, 2004, p. 297.

[57] *Vida y obra*, p. 134.

[58] Ludovico Antonio MURATORI, *Il cristianesimo felice nelle misioni dei padri della Compagnia di Gesù nel Paraguai*, Vanezia, Giambatista Pasquali,1749, p. XI.

[59] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras…*, pp. 104-105; Manuel LANZ DE CASAFONDA, *Diálogos de Chindulza*, ed. Francisco Aguilar Piñal, Oviedo, Cátedra Feijoo, 1972.

aquel que le proporcionaba informaciones, gestionaba la edición de sus obras, tenía fama en algunos ambientes de ser más culto que él e incluso «metía la pluma» en sus textos, como se verá luego, para otorgarle un papel secundario en el proyecto de reforma cultural que habían iniciado de la mano de la Orden de San Benito, según se vio. Esta diferenciación de terrenos y maneras, por lo general negativas para Sarmiento, se percibe también en cuanto se ha escrito sobre su estilo literario, para señalar que Feijoo es innovador en su modo de escribir frente a la manera acumulativa de Sarmiento. Pero hay que recordar que este último tiene más registros y que cuando escribe sin el requisito de la cita ni los requerimientos del género historiográfico, es tan ligero y ensayístico como pueda serlo Feijoo; de hecho, hoy, según qué cosas leamos del erudito Sarmiento, su obra resulta más atractiva que la de su amigo, que, a pesar de ser tenido por el fundador del ensayo moderno, no siempre es todo lo liviano que se esperaría de alguien que escribe con voluntad de llegar al mayor número posible de lectores.[60] De hecho, las alusiones al tan conocido estilo conversacional, al que Feijoo se refiere varias veces, las encontramos también en Sarmiento, por ejemplo, en sus *Reflexiones sobre una Biblioteca Real*, redactadas en 1743, en las que precisa que «solo por medio de conversación» pone por escrito sus ideas.[61]

Y ya se ha visto que una de las razones que daba para no publicar era que escribía como hablaba, lo que implica un predominio de lo oral en su escritura. Cuando está libre o aligerado de citas, se le lee bien, porque Sarmiento escribía así mismo, y a menudo, en tono conversacional o de carta, según qué escribiera y a qué lector se dirigiera. Un testimonio de ese estilo y del rechazo a las notas está en el temprano prólogo a su *Demonstración* (1732), cuando confiesa: «no quise cargar de tantas citas individuales esta obra. Para ti servirían de molestia, para mí de embarazo» (s. p.). Y lo mismo repite en *El porque sí…* (1758): no quiere «embarazar la lectura con citas», pues el escrito responde a un registro diferente[62]. Desarrolla más esta teoría en 1761 al tratar sobre la verdadera patria de Cervantes. Allí comenta: «sé ser conciso cuando quiero y no tengo qué decir, y también sé ser difuso, cuando se me ofrece decir cosas que no se podrían copiar de los libros».[63] Esa escritura desembaraza es la que Feijoo se apropia y la que la crítica no ha visto en los trabajos de Sarmiento.

---

[60] Rodrigo OLAY VALDÉS, «Benito Jerónimo Feijoo Montenegro y su representación autorial: del Benito Feijoo ensayista al "Jerónimo Montenegro" poeta», *eHumanista, Journal of Iberian Studies* 35 (2017), pp. 211-237; Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Benito Jerónimo Feijoo construye su imagen como autor», *Dieciocho*, anejo 5 (2019), pp. 19-31.

[61] SARMIENTO, *Reflexiones literarias…,* p. 42.

[62] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 83.

[63] SARMIENTO, *Noticia de la verdadera patria*, pp. 162 y 88.

Interesa recalcar que, a pesar de las diferencias entre uno y otro, de los distintos modelos retóricos en que han sido instalados, Sarmiento se implicó en el proyecto de Feijoo y de la orden benedictina, con el que precisamente fue identificado en seguida por parte de los contrarios al *Teatro crítico universal*, como se evidencia en la *Réplica satisfactoria* (1731), de Salvador José Mañer, en la que explicita su participación desde el principio, así como en la *Ilustración apologética*, que fue la respuesta de Feijoo al primer ataque de Mañer. Esa implicación fue muy grande, pero quizá llegara más lejos de lo que se suele aceptar, si atendemos a otras alusiones. Por ejemplo, Sarmiento señala en su «autobiografía» que en 1728 Feijoo le pidió que corrigiese los tomos, lo que hizo hasta su muerte, pero además le dio licencia para «borrar, mudar o añadir todo lo que le [pareciera] conveniente» en sus manuscritos.[64] De modo que podía intervenir con libertad sobre el texto, lo que implica un nivel de coautoría que desconocemos, pero que está ahí y convendría apurar, que tal vez fuera más allá de proporcionarle materiales, erudición, libros y correcciones.

Esta colaboración entre intelectuales no era excepcional en la época, aunque la conozcamos mejor en el siglo XIX. Las «sociedades literarias» existían, esos grupos que escribían y publicaban bajo un solo nombre, el de aquel que se había convertido en «marca», como sucedía precisamente con los oponentes de Feijoo: solo firmaba Mañer, pero detrás había hasta ocho escritores, según confiesan los propios benedictinos,[65] y lo mismo ocurría con Francisco Mariano Nifo, por ejemplo, que tenía un grupo de traductores a su servicio aunque las obras solo las firmaba él.[66] Este tipo de colaboración, de intervención sobre los textos, estaba en la tradición de los hombres de letras que escribían en la misma imprenta, como ha mostrado Anthony Grafton, al reconstruir la historia de la corrección de textos en la Europa del Renacimiento. Gracias a su trabajo sabemos que el papel de los correctores iba más allá de enmendar errores y erratas, más allá en la responsabilidad de lo que hoy llamamos autoría. Acumula casos de humanistas que permitían e incluso pedían que esos correctores intervinieran de forma discrecional sobre sus obras, aclarando, borrando, etc. Lo que Sarmiento, que se consideraba un hu-

---

[64] Carta de Feijoo a Sarmiento, del 30 de abril de 1729. Es verdad que se refiere a un caso concreto, pero, por otras, como la del 9 de enero de 1733, se ve que la intervención de Sarmiento era continua y que iba más allá de la simple corrección de erratas. Cartas citadas por MARAÑÓN, *Las ideas biológicas*, pp. 134-135. Reproducidas en su integridad por Maximino ARIAS, «Catorce cartas».

[65] Salvador José MAÑER, en el «Preliminar de la obra», *Crisol crítico*, Madrid, Benito Peralta, 1734, p. 3, rechaza que sea así.

[66] Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, Madrid, Abada editores, 2014, págs. 40-52.

manista, hizo para Feijoo se inscribe en esta tradición de autoría colaborativa y de corresponsabilidad, en la tradición de la *emendatio*.[67]

Son precisamente esa implicación y colaboración tan fuertes –el empeño desde el principio señalado por Stiffoni– las que le llevaron a defender a Feijoo y a sí mismo –casi más a sí mismo– con tanta precisión como lo hizo en 1732, ya que no era solo un ataque a su amigo y al proyecto avalado por la Orden, sino que era una agresión directa contra él mismo, al poner en duda sus capacidades y conocimientos. Fray Martín escribió dos tomos eruditos y puntillosos titulados *Demonstración crítico-apologética*, que suponen mucho tiempo de trabajo, y no podría haberlos escrito tan rápido de no conocer muy bien los discursos del *Teatro*. Las diferencias que la crítica ha mostrado, y tal como las ha mostrado, entre la labor mostrenca de Sarmiento y la de Feijoo suponen tener distintas concepciones en materias como conocimiento, mediación de los saberes, conciencia del público, que, de ser así, diferentes, no habrían hecho posible el trabajo del primero ni la coordinación de ambos. Y sin embargo, el modo en que realizó la *Demonstración* lo alinea en el proyecto innovador, a pesar de que él se dedicara también a otros estudios y desde perspectivas diferentes de los que llevaba a cabo Feijoo. El hecho de que indicara en el prólogo que aliviaba el texto de citas muestra su capacidad para adaptarse al nuevo modo de escritura y comunicación de saberes.

Bajo la defensa del *Teatro crítico*, la *Demonstración crítico-apologética* es en realidad la respuesta a un ataque directo contra él, a un desafío. La identificación es con el proyecto, pero el ataque, aun siendo también a la figura más famosa, lo distinguía, y muestra su importancia en el proceso y su fama en los mentideros literarios urbanos. Puesto que Feijoo, tras su *Ilustración apologética*, había anunciado que no entraría en más polémicas, Mañer se dirige a Sarmiento y lo reta públicamente mediante un cartel, en el que se destaca su principal papel en el proyecto. Decía así el «cartel de monomaquia», de duelo uno contra uno, pues eso es lo que significa la palabra, según la definición de la Real Academia Española:

> Haga el P. [Feijoo] lo que fuera servido, pero directamente por mano del P. SARMIENTO, o bien unidos entrambos, LOS RETO, Y LOS DESAFÍO a la tela literaria, donde espero de pie firme para mantenerles lo que he escrito, lo que escribo y lo que escribiré.

[67] Anthony GRAFTON, *La cultura de la corrección de textos en el Renacimiento europeo*, Buenos Aires, Ampersand, 2014.

La respuesta de Sarmiento –dos tomos de más de quinientas páginas– deja clara su implicación. El volumen de trabajo es signo de su protagonismo, lo mismo que lo es el que señale una y otra vez –y en especial al principio y al final del libro– que los que atacan son incapaces de entender la novedad de lo que ellos (los dos) están haciendo, el «designio» y el plan modernizador en el que estaban embarcados. Pero además, el padre Diego Mecolaeta, en la censura que hace de la *Demonstración*, indica que los contrarios, ciegos que no ven la luz de la moderna literatura ni del nuevo pensamiento, son enemigos de ambos, no solo de Feijoo.

Por otro lado, una defensa tan detallada, aludiendo a las autoridades empleadas y a los argumentos, solo podía hacerla así quien, además de sentirse atacado en su competencia –«vilipendiado, impugnado, provocado y desafiado» (s. p.)–, conocía perfectamente los tomos y la *Ilustración apologética*, que también es defendida en la *Demonstración*, no solo por haberlos leído sino por haber colaborado intensamente en su elaboración. Y es de notar cómo destaca su meticulosidad y profundidad de detalle ya desde la portada, mediante la adecuada *dispositio* de la página para mostrar la idoneidad de su competencia crítico-erudita y hacer patente la

Evidencia		Discursos
Certeza		Noticias
Probabilidad		Opiniones
Verisimilitud	de sus	Conjeturas
Elección		Autores
Exactitud		Citas
Armonía		Expresiones
Propiedad		Palabras

La página está cargada de sentidos, pues, si deja clara su competencia, igualmente señala a quiénes deja fuera de su respuesta, mediante la cita que incluye al final: «*Non ego ventosae plebis suffragia venor*» [No busco la aprobación del vulgo veleidoso], verso que procede de las *Epístolas*, de Horacio (I, 19). Esto desde el punto de vista interno, es decir, desde la elaboración del proyecto de reforma cultural.

Desde el exterior, dejando a un lado la opinión del propio Mañer, se pueden añadir algunos testimonios que apuntan a que los dos benedictinos eran percibidos como uno. Francisco Gregorio de Salas, en su libro de elogios, recuerda a numerosos autores fallecidos en el siglo, pero lo que interesa rescatar respecto de Feijoo y Sarmiento es que les dedica un elogio a los dos juntos, no por separado (o solo a Feijoo), como cabría esperar

y como hace con otros que también fueron amigos. La composición se llama «A los reverendísimos padres Benito Feijoo y Martín Sarmiento, monjes benedictinos y estrechos amigos, autores de muchas obras de crítica y erudición muy estimadas». «Los dos astros luminosos» son los responsables de desterrar la «lisonjera ceguedad» y de hacer patente «la clara verdad», «porque fueron los dos raro portento/ de erudición, de crítica y talento». Y añade: «Di que fueron los dos, los dos archivos/ de la literatura, / donde se vio guardada, / como en compendios vivos, / la erudición más pura».[68] Salas otorga a los dos lo que después se ha adjudicado solo a Feijoo.

Y lo mismo sucede con la interpretación que el anónimo autor de la *Vida y obra […] de Sarmiento* hace del debate sobre el papel de cada uno en 1732 a raíz del ataque de Mañer. Esa guerra literaria, explica, «abrió la puerta al buen gusto y las opiniones vulgares perdieron infinito terreno». «El Cortés y el Pizarro de la conquista fueron los dos sabios benedictinos, como lo acreditará la historia literaria de nuestro siglo. Y aun se podrá disputar cuál de los dos tuvo más parte en la victoria, habiendo sido Sarmiento el verdadero mecenas del augusto Feijoo».[69] Las imágenes empleadas lo muestran por encima de Feijoo, como generoso mecenas, y, para revelar la amplitud y grandeza del empeño en que se encontraban inmersos ambos, compara su labor con la conquista de América por medio de dos de sus más señeras figuras, lo que le sirve para poner de relieve el protagonismo de Sarmiento.

Así pues, existía una percepción de ellos como tándem, como responsables de una obra que firmaba solo Benito Jerónimo Feijoo, en una época en que las nociones de autoría y originalidad se fueron abriendo camino.

Y sin embargo, para defender el nuevo estilo literario, el nuevo modo de pensamiento y comunicación científica, el proyecto periodístico ensayístico de la orden, se vieron obligados a recurrir al método en apariencia contrario: a las autoridades y a la erudición, no solo a razonar y experimentar, y ahí estaba Sarmiento, como declara Mecolaeta, «armado de tan universal y exquisita erudición, que apenas toca arte, ciencia o historia, de que no dé tan abundante y tan puntual noticia, como si toda la vida se hubiera ejecutado en cada una» (*Demonstración crítico-apologética,* s. p.).

---

[68] Francisco Gregorio de SALAS, *Continuación de las nuevas poesías de don […], que contienen los elogios de escritores y facultativos insignes españoles difuntos en el presente siglo, con otras canciones hechas a diferentes asuntos serios y jocosos. Primera y segunda división*, Madrid, Andrés Ramírez, 1776, pp. 6-7.

[69] *Vida y obra*, p. 146.

En todo caso, a pesar de participar de modelos intelectuales distintos, la colaboración se llevó a cabo durante los años en que Feijoo estuvo activo, lo que implica la aceptación, más allá de las diferencias, por parte de Sarmiento del proyecto reformista y modernizador que lideraba la orden benedictina, con Feijoo como cabeza visible. Esa colaboración no implicó el abandono por parte de Sarmiento de una tradición erudita en la que se encontraba cómodo pero que permitía la incorporación de nuevos saberes y, así, fue autor de una ingente obra en la que da cuenta de su visión del mundo y de la ciencia como un todo complejo y relacionado, reflejado en la práctica de los coleccionistas y los gabinetes, que le llevó a ocuparse de materias diversas combinadas, gracias a su capacidad asociativa, frente a la progresiva especialización de estudios, competencias y saberes, y también en contra de una supuesta evolución lineal del conocimiento. Como luego diría Julio Caro Baroja, «el saber es algo total».[70]

INÉDITO SARMIENTO. REFLEXIONES SOBRE LA ESCRITURA

En este ámbito se explica también la condición inédita de Sarmiento. Se han dado diferentes respuestas para explicarla, pero no se ha tenido en cuenta su relación con Feijoo ni la que él mismo tenía con la escritura, que era su forma de fijar el conocimiento. Sarmiento escribe para sí mismo y para aquellos que le piden informes; escribe para que otros, después, con lo que él ha acumulado, puedan redactar obras publicables o tomar decisiones. Compone tratados sobre las más diversas materias; se interesa por mantener y salvaguardar lo que no es moderno, aquello que precisamente rechaza Feijoo: las tradiciones y las supersticiones, las creencias locales y los refranes, las lenguas autóctonas, en especial, el gallego. Frente al modelo de intelectual prestigiado en la época, más social, Sarmiento representa en muchos aspectos a otro que entraba en cierto retroceso, el del erudito, que recoge y acumula materiales fruto del trabajo de campo, pero también del archivo, que redacta estudios –algunos pioneros en la historia de nuestra cultura– y que, como se ha dicho ya, no publica.

¿Qué razones le llevaron a no publicar más que la defensa citada? No hay una razón clara ni única que lo explique. Unos dicen que no lo hizo por humildad; él, que no estaba el ambiente para usar la imprenta y porque la escritura para el público creaba muchos inconvenientes y quebraderos de cabeza, como también le diría Leandro Fernández de

[70] Julio CARO BAROJA, *La aurora del pensamiento antropológico. La antropología en los clásicos griegos y latinos*, Madrid, CSIC, 1983, p. 226.

Moratín a Juan Pablo Forner.[71] En *El porque sí…* da algunas causas de su decisión, también en varias cartas, indicando que el tiempo no estaba para imprimir y que ser escritor público acarreaba muchos problemas, por encima de todos, conseguir editor.[72] Desde luego, estos son motivos, pero hubo otros, como que mucho de lo que escribió había de tener circulación reducida y privada, pues fueron informes, peticiones, discursos destinados a asesorar a elementos de la Corte. Y junto a esta literatura consultiva, sus trabajos eruditos que, como tales, a menudo eran impublicables o de difícil salida, como la *Obra llamada de 660 pliegos* […] *que trata de Historia Natural y de todo género de erudición, con motivo de un papel* […] *contra los foros y tierras que poseen en Galicia los benedictinos*, y que, como la *Historia natural*, de Plinio, trata de todo, incluida la historia natural[73]. Es también cierto que participó de una vena grafómana (muy propia, por otro lado, de la época) y que frecuentó la escritura con el placer y la libertad del que no piensa en publicar.

Ahora bien, a veces, leyendo sus excusas, parece que juega a despistar al lector, que fabrica respuestas para ser original, como cuando en la mencionada *Obra de 660 pliegos* comenta que no imprime sus trabajos porque se considera «en los siglos en que nada se imprimía y se escribía mucho» (IV, § 5426), aunque desde luego la reflexión tiene que ver con representarse como erudito «antiguo», humanista, al sentirse cómodo en ese registro. Llamativo es, en todo caso, que se haya hecho cuestión de que Sarmiento no publicara, cuando en la época era más frecuente escribir y no dar a la prensa lo escrito, en especial si eran obras eruditas, aunque se imprimiera más que en tiempos anteriores. Hay que reconocer así mismo que el tipo de historia que él hacía no se condecía con los modelos modernos entonces, a pesar de defender siempre el uso de la crítica como guía intelectual. Pero sus preferencias iban más por la acumulación, por el diálogo consigo mismo al hilo de las curiosidades y los encargos, de las relaciones que establecía entre saberes. Sus textos, que se aluden unos a otros, parecen una red de conocimientos que van dando forma y expresión al mapa de su pensamiento.

---

[71] Como curiosidad, Moratín también incluyó al frente de *El sí de las niñas* la misma cita que Sarmiento colocó al pie de su *Demonstración*: «*Non ego ventosae plebis suffragia venor»* [No busco la aprobación del vulgo veleidoso].

[72] SARMIENTO, *El porque sí…*, pp. 82-83. En carta del 29 de diciembre de 1759, a fray Mauro Martínez, comenta que es más fácil escribir un tomo que conseguir licencia e imprenta. Cit. por Antolín LÓPEZ PELÁEZ, *El gran gallego (Fr. Martín Sarmiento)*, La Coruña, Andrés Martínez editor, 1895, p.168.

[73] De esta obra se han publicado tres tomos. *Obra de 660 pliegos: de historia natural y de todo género de erudición*, ed. Henrique Monteagudo, Santiago de Compostela/Madrid, Consello da Cultura Galega/CSIC, 2008, vols. 2, 3 y 4. (Los cinco vols., en la BNE, sig. mss. 20390-20395).

Pero podemos pensar en otras razones, además de las expuestas, para explicar su silencio editorial. Ya se ha indicado que aparece en lugar secundario y vicario, a la sombra del árbol cuyas ramas proliferan con cada nuevo tomo impreso para engrandecer la fama y renombre de Feijoo, así como para asentar el modelo de pensamiento propuesto. Quizá no deberíamos olvidar este hecho en la relación y en la carrera literaria de ambos. Uno es mayor, el otro joven; uno es maestro, el otro se presenta como discípulo que admira y colabora en un modelo de escritura y de gestión del conocimiento que poco tiene que ver, aunque lo acepte, con la que parece su propia manera de trabajar. ¿Hasta qué punto podía ser una interferencia en la promoción del modelo propiciado que el máximo y conocido colaborador (y defensor) de Feijoo diera a las prensas obras que se alejaban de ese modelo? Feijoo le pagó la colaboración y el silencio, primero en 1730, refiriéndose a él sin nombrarlo bajo la excusa de su humildad –aunque Sarmiento era todo menos humilde– en el discurso sobre las «Glorias de España» (TC, IV, d. 14. § XXIII, 84); más tarde, en 1736, mencionándolo y reiterando una vez más su condición de sabio (TC, VII, d. 7, § 10, 30; § 11, 47 y 53), como había hecho en 1730, cuando lo presentó como «milagro de erudición», si bien, de las menciones que realiza en 1736 no se deduce que el milagro de sabiduría de 1730 sea la misma persona. Más cercano es cuando en el prólogo al tomo V del *Teatro crítico* le llama «íntimo amigo», pero para insistir más tarde en que apenas sale de su celda.

Feijoo destacó públicamente este aspecto de la personalidad intelectual de su amigo pero no solo él, otros como el padre Mecolaeta en su censura de la *Demonstración* también lo hicieron, de manera que ese rasgo quedó como definidor de su estilo y personalidad, pero rasgo negativo, pues el modo moderno de hacer historia priorizaba la crítica sobre la erudición y un estilo más aligerado. Por tanto, ¿cómo interpretar –y cómo interpretarlo siendo Sarmiento– el testimonio de Feijoo, según el cual se jacta de ser un gran escritor y moderno porque no cita ni pone notas, ya que eso interrumpe el discurso? Escribe así en el prólogo al tomo V del *Teatro* (1733):

> Como yo cito pocas veces, levantaron el grito [mis impugnadores, que querían] obligarme a llenar de citas mis libros, de que resultaría necesariamente hacerlos fastidiosos y molestos, y por consiguiente hallar pocos lectores; porque, ¿quién duda que el multiplicar citas en un libro es multiplicar tropiezos en su lectura, es interrumpir la corriente de la pluma, es afear la hermosura del estilo, es destrozar el concierto de los periodos, es turbar el nativo resplandor de los conceptos?
>
> *Por estas razones y por imitar la práctica corriente de los mejores escritores* de otras naciones, he excusado y excuso citar lo más que puedo.[74] [La cursiva es mía]

[74] *Teatro crítico universal*, V, Madrid, Blas Román, 1778, pp. xlii-xliii.

Cabe preguntarse si Martín Sarmiento, fuente de citas y de erudición, podía publicar sus trabajos, tras leer una declaración como esta, que, además, le excluía de entre los «mejores escritores» del momento. Pero recuérdese que un año antes, en 1732, en su *Demostración*, él mismo no quería «cargar de tantas citas individuales esta obra. Para ti servirían de molestia, para mí de embarazo» (s. p.). Sin embargo, Feijoo parece no perder oportunidad de insistir en esta repartición de papeles y, así, al comparar las plumas de ambos en carta privada, recalca lo que era de uno –la erudición– y de otro: la agilidad, ya que «retiro a tiempo la mano para dejar ligera la lectura y evitar el fastidio a los lectores», para expresar luego su temor de que la historia de la poesía que escribía Sarmiento por entonces «salga muy larga y que, por muy cargada de erudición, sea pesada».[75] Por su parte y por contra, éste, además de confirmar que podía escribir ligero y denso, como se vio, lanzó numerosos ataques a los que solo apoyaban un estilo formulario y corto: «hay estómagos intelectuales tan débiles y flacos que no pueden digerir la lectura de medio pliego de papel, porque están habituados a solo leer esquelas».[76] Él, que no escribía para publicar, podía ser difuso y digresivo.

En el número 172 de la «Adición al papel de Samos» aportó más razones de su desinterés por publicar:

> yo no tomo la pluma para imprimir sino para pasar al papel lo que he discurrido, conversado y hablado por incidencia y de lo cual acaso no volveré a acordarme. Atiendo principalmente en esto a dejar por escrito alguna reflexión o combinación curiosa y útil que no se ofrecerá a otro que no se halle en las mismas circunstancias, en las cuales por un solo acaso compuesto y complicado me hallé yo.[77]

A lo que se puede añadir este testimonio, entre muchos, del *Onomástico etimológico*: «Escribo por mi gusto y para mi instrucción, y para ejercitarme en la averiguación».[78] A esas razones de orden práctico se suman otras, clásicas en el pensamiento de quienes se hallan en el plano antimoderno en momentos de cambio: hay demasiados libros y demasiados escritores, muchos de los cuales amparan en la excusa de la utilidad pública su deseo de brillar, ganar dinero y conseguir un empleo. Y todo le parece poco para explicar o justificar su negativa a publicar: así, es incapaz de seguir el consejo de

[75] Carta del 6 de enero de 1742. ARIAS, «Catorce cartas», p. 57.

[76] SARMIENTO, *Noticia de la verdadera patria*, p. 162.

[77] En *Vida y obra*, p. 192.

[78] *Onomástico etimológico de la lengua gallega*, II, ed. José Luis Pensado, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza 1999, p. 77.

Horacio de guardar los trabajos por espacio de nueve años antes de darlos a la luz pública, para que finalmente diviertan o enfaden a los lectores.[79]

Sarmiento no publica porque escribe pensando en resolver sus propias dudas y las de aquellos que le consultan. El objeto de su escritura no es el público, sino el de un lector concreto que solicita su colaboración o la satisfacción de su curiosidad. Algunos panegiristas completan estas razones con otras relacionadas con el modelo del erudito humilde y cristiano, del que encuentran justificación en los «Proverbios», cap. 10, donde Dios prescribe a los sabios ocultar su saber; esos mismos apuntan la opinión de los Santos Padres, según la cual lo que interesa es la verdad (la Verdad, el Evangelio) y no la palabra, que puede falsear esa verdad. En las «Epístolas a los corintios» hay varios testimonios que avalan este sentido.

Lo cierto es que no apeteció el «oficio de escritor», peligroso porque le exponía al público. En sus reflexiones sobre este asunto, aflora esa conciencia de ser observado, incluso perseguido, y así, con sus propias palabras, hay muchos que querían «ver cómo me agarrochan o cómo al fin me echan los perros, y todo por una viciosa y ociosa curiosidad».[80] Alude a esa conducta que se alegra del mal y la humillación ajenos, fenómeno extendido en toda sociedad pero de forma notable entre artistas y literatos.[81] Al imaginar esa situación en la que los otros se alegran de su desgracia, no está muy lejos de lo que ocurrió cuando aparecieron en 1775 sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, primer tomo de las que iban a ser sus obras completas. Fueron juzgadas, como se recuerda en la *Vida y obra*, de forma hipercrítica, mostrando que ese modo de exponer el trabajo erudito no era el más adecuado. Esas invectivas debieron contribuir a que no se publicaran más trabajos suyos hasta que lo hizo Antonio Valladares de Sotomayor en el *Semanario Erudito*.

No pensar en publicar le permitía una gran libertad de estilo y de expresión de sus pensamientos, no sujetos a censura. Daba igualmente a algunos de sus escritos características coloquiales, basadas en el diálogo con el hipotético o real lector. Escribía como si se tratara de una conversación y, desde luego, son constantes sus apelaciones a él o al conversador, como lo son en otros autores que probaban una escritura dirigida al público individualizado: Feijoo, Isla, Torres, los periodistas. Su coloquialismo, diferente en según qué escritos y a quién los dirija, es uno de los elementos que constituyen su estilo,

[79] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, II, 344.

[80] SARMIENTO, *El porque sí…*, p.82.

[81] Richard H. SMITH, *Schadenfreude. La dicha por el mal ajeno*, Madrid, Alianza editorial, 2016; ÁLVAREZ BARRIENTOS, *El crimen de la escritura*, pp. 110-120.

que fue visto por muchos como una suma de defectos, pero es ahí donde se vislumbra la diferencia entre unos y otros modelos de escritura y formas de ser autor. Así, ya que

> nada de esto se ha de imprimir, me tomaré la libertad de usar de algunas chanzonetas, chistes y frases vulgares, cuando se me ofrecieren a la pluma.[82] Y no por eso dejaré de usar de otras expresiones que se me presenten, aunque tengan algo de aceite y vinagre, y con su puntica de sal y pimienta. Sin esto no hay conversación bien guisada. Ahorraré lo más que pudiera de latines, que son los huesos de las conversaciones y de los escritos. Aquí no hay que buscar estilo, ya porque soy incapaz de tenerle, ya porque escribo como hablo.[83]

Con conciencia de escritor, de que utiliza diferentes estilos según a quien se dirija y lo que escriba, parte de su crítica a los manuales y a los libros en compendio deriva del rechazo que su propia escritura tuvo entre quienes practicaban esa especialización editorial.[84] Se manifestaba así, desde las objeciones estilísticas, la separación en campos y públicos y cómo ganaba terreno un modelo expositivo y comunicativo basado más en la opinión que en la erudición, una manera que se dirigía al lector (a veces de forma burlesca) haciéndole creer que el producto estaba pensado para él y llenaba sus expectativas. Sarmiento, al dirigirse a un tú o a un usted, incorporaba ese dialoguismo y lo mezclaba con su gusto por la digresión y la cita. Lo que no anula que su escritura sea clara y directa, repetitiva y no pulida. «Ni aun paciencia tengo para leer lo que he escrito», dice en el *Onomástico*, y, como señala en su «Papel sobre la carqueixa», siguiendo a Antoine Godeau, el Paraíso era escribir; el Purgatorio, releer y retocar, y el Infierno, corregir las pruebas de imprenta. Lo atractivo y adictivo es aprender y escribir, sin preocuparse de hacerlo público.[85] Dado que redactaba como hablaba, según el autor de la *Vida y obra*, al leer a este grafómano se tiene idea cabal «de su carácter así civil como moral».[86]

---

[82] Le gustaba estudiar el origen y razón de proverbios y refranes, y también las canciones populares. Según el anónimo autor de las «Memorias para la vida del P. M. Fr. Martín Sarmiento», «cantaba las tonadillas gallegas o castellanas que oía en las calles o desde su celda, imitando el tono con grande exactitud, pues tenía un bello oído para cogerle», *Colección de obras*, I, f. 18r-v (BNE, sig. ms. 20374).

[83] SARMIENTO, *El porque sí…*, p. 36.

[84] Aunque estuvo en contra de los compendios, matizó su utilidad. Si los prontuarios y manuales han «desterrado el serio, sólido y fundamental estudio de las ciencias y el leer los libros originales» (SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, II, p. 420), y además «hoy es moda reducirlo todo a diccionarios, y aun a *diccionarios portátiles* –a la francesa, *portatifs*. Esta es la raíz de que hoy sea también moda la charlatanería de faltriquera» (SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, IV, p. 56), tampoco «desapruebo que haya ese género de libros en miniatura y de *pitiminí* para ayudar a la memoria, y positivamente apruebo que las obras corpulentas se impriman en tomitos de menor marca y muy manuales. Eso convida a leer mucho más que un infolio» (SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, II, p. 420).

[85] SARMIENTO, *Colección de obras*, XI, 1ª parte, f. 332v. BNE, sig. Ms. 20387.

Martín Sarmiento tiene distintos registros que matiza según a quién se dirija y según el tono que requiera el escrito y la materia. Son diferentes los papeles sobre los adornos del Palacio Real de los que conforman la *Obra de 660 pliegos*, por ejemplo, o de *El porque sí y porque no*. Y en este sentido, su altura como escritor es mayor que la de otros que solo pudieron ajustarse a una manera.

Por otro lado, su intención de ser claro y sin afectación tiene que ver, y es una crítica también, con aquellos que escribían oscuro, simulando sabiduría, pero en realidad como manera de ocultar ignorancia. Desde antiguo se rechaza a estos escritores que fascinaban (y fascinan) a muchos, precisamente porque no se les entendía; un texto de gran éxito hasta el siglo XVIII, bien conocido por él –las *Declamaciones contra la charlatanería de los eruditos*–, se explaya en ese punto. De este modo, su escritura directa, episódica por las extrapolaciones, de estilo bajo por introducir chascarrillos y refranes cuando le convenía, es un alegato contra la oscuridad de filósofos y pensadores que en realidad son taumaturgos. Como más tarde escribió Ortega, «la claridad es la cortesía del filósofo».[87]

Aunque insiste en que no tiene estilo, lo tiene, pero no el recargado de la tradición barroca, y sí otro más natural, propio de la conversación. «Como haya logrado el fin de explicarme, concederé todos los demás defectos», escribe en el prólogo de las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*. Las palabras le interesan para transmitir el conocimiento, la cosa, y para saber sobre ellas, pero no para embellecerlas, a lo que llamaba «tornear periodos».[88] Su actitud tiene que ver con varios vectores. Por un lado, no es poeta –lo destaca en sus *Viajes literarios* en la entrada correspondiente al año 1710–; por otro, le interesa saber, almacenar para explicar. De este modo, no usa giros y recursos propios de una escritura más estética. Además, no vuelve sobre lo escrito. Sarmiento es un grafómano que a veces se queja de lo mucho que escribe: «no hago más que cagar papeles», confiesa a su hermano el 13 de agosto de 1760, pero, como muchos hombres de su época con sentido histórico y conciencia personal, considera que debe dejar constancia de lo que ve, piensa y lee, para utilidad futura.

---

[86] *Vida y obra*, p. 222.

[87] José ORTEGA Y GASSET, *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, p. 19.

[88] SARMIENTO, *Noticia de la verdadera patria*, p. 91.

SUS IDEAS SOBRE ESPAÑA

Feijoo apenas se movió de Oviedo, por el contrario, Sarmiento, que también fue de vida sedentaria, aprovechó sus pocos viajes para aprender, estudiar y recolectar conocimientos de todo tipo, muchos de ellos rechazados por no corresponder a las tendencias imperantes en los campos del saber. El viaje le hacía, si es que fuera necesario, más consciente de la diversidad y le ayudaba a relativizar el punto de vista, dando cabida no solo a lo racional, como aproximación al entorno, sino también a lo experimental, sensorial y emocional, desde donde ha de interpretarse gran parte de su obra y, de forma especial, lo referente a educación, botánica, lengua y costumbres gallegas. Cuando no podía viajar, leía para suplir «el ver mundo», como dice en su «Noticia de un cuerno de rinoceronte», aunque reconoce que no es el mejor sustituto.[89]

Los dos tuvieron la misma curiosidad por el entorno, por su tiempo, que canalizaron de formas distintas, aunque sobre asuntos no siempre coincidentes; poseyeron la curiosidad enciclopédica que caracterizó a muchos en aquel periodo. Y también sus ideas acerca de España tienen puntos en común y otros divergentes, lo que suponía valoración distinta de ciertas ramas del conocimiento y de aspectos de la realidad que contribuyen a crear identidad y concepto de nación.

Así, por lo que respecta a la conquista de América, ambos comparten un discurso crítico. Feijoo denunció las injusticias cometidas sobre los indios en «Fábulas de las Batuecas y países imaginarios» (*Teatro crítico…*, IV, discurso X), pero Sarmiento fue quizá más lejos al incluir en 1749 a los pueblos americanos en su diseño de la representación de los territorios y de los españoles que debían figurar en el Palacio Real. Incorporó la estatua de Atahualpa, el líder ejecutado por Francisco Pizarro, y lo puso al mismo nivel que otros representantes de territorios históricos. Reivindicó su figura a pesar de que en 1742 Juan Santos tomó su nombre al liderar una revuelta para reinstaurar el imperio inca y expulsar a españoles y negros del territorio.[90]

Como otros intelectuales del momento, estaba implicado en mostrar la condición histórica de la monarquía española.[91] En su crítica de la acción española en América, como Feijoo, es seguidor de Las Casas, pero parte de un planteamiento más amplio, eje central de su trabajo: el valor de la diferencia como riqueza cultural. Su visión del indio

---

[89] Cit. por LÓPEZ PELÁEZ, *El gran gallego*, p. 149.

[90] SARMIENTO, *Sistema de adornos del Palacio Real*, pp. 233-243.

[91] José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, *Fernando VI*, Madrid, Arlanza ediciones, 2001, pp. 50-51, 64-65, 227-230.

y del esclavo se encuadra en la utópica imagen del buen salvaje, frente al europeo civilizado y civilizador, destructor de culturas y mentalidades[92].

Considerar que la variedad y la diferencia son riqueza le sirve como punto de partida de sus acercamientos a la realidad; un punto de vista que a veces entra en contradicción con la política centralizadora, por la que trabaja junto a Feijoo, aunque él se preocupe más por conocer y guardar los resultados de esas diferencias: las lenguas, los refranes, las costumbres, lo que hoy llamamos etnografía y folklore, estudios de los que hay que considerarle promotor o iniciador. Su *Plano de un nuevo y fácil método para formar una general descripción geográfica de España y la América*, que es un cuestionario, y su *Descripción de la América*, ambos de 1751, son muestras de su interés por aquel continente, por España y por mantener una realidad de conocimientos cuya pérdida vio con lucidez.

La implantación del nuevo modelo nacional ponía en peligro la variedad por él valorada, lo que hoy conocemos como cultura popular, que cuidó de salvaguardar en la medida y en el territorio en que pudo. De varios de sus trabajos se deduce su preferencia por una gestión de la identidad nacional desde esa cultura popular, local o autóctona, cuya integración ve posible, pues se siente «buen español, buen gallego y buen pontevedrano»;[93] opción que no niega la defendida por Feijoo, más legal, en tanto que «cuerpo de Estado donde debajo de un gobierno civil estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes» (*TC*, III, d. 10, § VI, 30). Es el momento en que se comienza a separar la cultura popular de la sabia, cuando se objetiva una serie de saberes, costumbres, hablas, pensamientos, que poco a poco se desprecian y olvidan, como perspicazmente vio Juan Valera al escribir sobre lo castizo en España. Frente a la idea centralizadora y unificadora desde la legalidad –uso vigente en Europa–, él se decanta por la concreción territorial, no por la abstracción legal e imaginaria. A la larga, se sitúa en el lado perdedor al intentar recoger y guardar del olvido ese saber que, desde una perspectiva moderna, Feijoo, con sus desengaños, y como efecto colateral, contribuye a olvidar.

> Mentras Feijoo se aprestaba pra barrer meigas, duendes e trasnos das mentes do seu século, Sarmiento preparaba as súas brancas páxinas pra lles dar alía cobillo, pra lembrar os seus nomes, o que se decía deles, as prerrogativas e características de cada un. Mentras Feijoo quería desterrar todas las tradicións populares, Sar-

[92] Por lo mismo, como tantos en la España del momento, estaba en contra de la esclavitud, porque, además de ser humillante, mantenía a la vagancia instalada entre los blancos, que además eran ignorantes e improductivos (*Obra de 660 pliegos*, III, § 3821-3831).

[93] Martín SARMIENTO, *Apuntamientos para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales y de su pública utilidad y del modo de dirigirlos, de marcarlos, de construirlos, comunicarlos, medirlos, adornarlos, abastecerlos y conservarlos*, BNE, sign. Ms. 1274, f. 4v.

> miento preparaba cuestionarios sobre elas pra que non fosen definitivamente esquecidas. Mentras a língua, a ortografía, as etimoloxías, eran miudallas pra Feijoo, pra Sarmiento, xa desde 1730 convirtense nunha preocupación teimuda, que hai que ocultar aínda diante dos seus máis íntimos amigos.[94]

Sarmiento trabajó por su tiempo y sus reyes, para sacar a España de un estado de atraso proponiendo instituciones culturales como la nueva Biblioteca Real, como bibliotecas públicas y jardín botánico, una red de caminos, colaborando con Feijoo, pero además, con una conciencia de historiador y con una sensibilidad que este parece no haber tenido tanto, se afanó para dejar al futuro una imagen del mundo, de España, que empezaba a perderse. Por aquí aparece su condición de coleccionista, de recolector que quiere salvar del olvido una cultura, unos saberes que se ven como de otra época; y por aquí trasluce también su árbol de las ciencias con las ramas enredadas o relacionadas, cercano al modelo de los gabinetes de curiosidades que ya no estaban vigentes.

Así pues, desde el punto de vista de sus ideas sobre España, encontramos diferencias entre ambos. Feijoo defendió el plan borbónico, que respondía a la tendencia del momento, en la que trabajaban las distintas monarquías europeas. Publicitó ese propósito centralista desde su producción literaria y ofreció, aparte de artículos como «Amor de la patria y pasión nacional» y «Mapa intelectual y cotejo de naciones», el emblemático «Glorias de España», que es un relato de nación desde los hitos culturales españoles, en el que se filtra un modelo de español. Un modelo que es una propuesta actual anclada en la propia historia y tradición, pues quería mostrar «a la España moderna la España antigua» (*TC*, IV, d. 13, § 1, 2). Pero nunca escribió las glorias gallegas que se le insinuaron.

Por su parte, Sarmiento también proporciona su propio modelo de español, como él mismo lo llama, al crear el programa decorativo del Palacio Real para Felipe V y Fernando VI. Ahora bien, ambos diseños nacen de motivaciones distintas y tienen sus diferencias. Si hemos de creerle, Feijoo escribe sus «Glorias» por indicación del infante don Carlos, que, con tan solo doce años, estaría molesto con la imagen que fuera se tenía de los españoles y quiso que se corrigiera;[95] Sarmiento proyecta porque a la hora de mostrar la grandeza de la monarquía quiere implicar a la nación, a los diferentes pueblos de España, porque su idea no era un abstracto sino una sucesión de hechos y provincias, de territorios con historia y características propias que, en la medida de lo posible, debían estar refleja-

[94] Xosé Luis PENSADO TOMÉ, «Feijoo e Sarmiento: dúas vidas sin paralelo», *Grial. Revista Galega de Cultura*, 60 (1978), pp. 129-154. La cita en las pp. 151-152.

[95] Muy seguramente, fue por insinuación de Isabel de Farnesio, madre del infante, por lo que Feijoo escribió las «Glorias», como sugiere Gómez Urdáñez.

dos en el Palacio. Si Feijoo es centralista y basa el modelo de nación en el pacto social regido por leyes comunes, un pacto que hace iguales a todos, Sarmiento levanta su símbolo nacional desde la diferencia y la identificación de cada una de las provincias (incluidas las americanas), además de tener una imagen moral del español poco o nada actual, vinculada más a los tiempos de Carlos II. Su proyecto es coherente con su intención de no olvidar las lenguas que se hablan en España y con su sensibilidad para las diferencias, reflejada en trabajos de recolección y catalogación, tanto de flora –suele olvidarse que pidió muchas veces la creación de un jardín botánico–[96], como de refranes, etimologías y creencias. Esos errores comunes y supersticiones vulgares que Feijoo combatía.

Un caso práctico, coherente con su idea nacional, es que fue contrario a que su región fuera dirigida en cualquier ámbito por individuos que desconocieran el gallego. Todos caben en su tierra, pero nadie debía ir destinado a ella que no supiera la lengua, como hacían los catalanes –a los que critica por otros motivos–.[97] De forma cercana a los «nacionismos» rechazados por Feijoo, defiende a su patria chica de los tópicos y errores de opinión que sobre ella tenían muchos españoles y portugueses y no duda en señalar que lo mejor de Portugal es un apéndice gallego, de modo que su *Descripción del reino de Galicia* se convierte en una *laudatio*.[98] Al defender el uso del gallego, no es una figura atípica en la España del momento. Como algunos austracistas catalanes, participa de su idea horizontal de España, que respeta y valora las diferencias, aunque no importen a la tendencia política dominante. Su condición de «galleguista» se intensifica a partir de 1745, año en que viaja a la región, mientras su actitud política de historiador lo alejaba de la *Regla de San Benito*, según la cual los monjes debían olvidar patria y padres, «servir a la república» y sentirse como si estuvieran desterrados en el mundo.

Ahora bien, si significativa es la defensa que hace de las lenguas autóctonas, no lo es menos la que Feijoo hizo, ya desde el tomo I del *Teatro*, del uso del español como lengua de comunicación y de cultura. En español, frente al latín, para llegar al mayor nú-

---

[96] Según recuerda LÓPEZ PELÁEZ, *El gran gallego*, p. 104.

[97] Aunque se refiere a los curatos, desearía que se aplicara a todas las facetas de la realidad, desde la política y judicial a la religiosa, *Obra de 660 pliegos*, IV, § 5411, y también en cartas a su hermano. Cit. por José SANTOS PUERTO, *Martín Sarmiento. Ilustración, erudición y utopía en la España del siglo XVIII*, II, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2002, p. 317, que también se refiere a su interés por la «cultura popular». Para tener una idea más completa de la personalidad poliédrica de Sarmiento, véanse los trabajos incluidos en la obra colectiva *O padre Sarmiento e o seu tempo*, Santiago de Compostela, Consello de Cultura Galega/Universidade de Santiago de Compostela, 1997, 2 vols.

[98] Los portugueses deben todo lo bueno a Galicia, así se expresa en la *Obra de 660 pliegos*, IV, § 4941, 5101, 5131, 5153, 5231, 5330, 5416.

mero posible de lectores. La novedad se percibe, precisamente, en que debe justificar ese uso. «Bastaríame por respuesta el decir que para escribir en el idioma nativo, no se ha menester más razón que no tener alguna para hacer lo contrario», confiesa en el prólogo.[99] Pero la elección lleva aparejada otras novedades, no solo la evidente de querer llegar a los más posibles, sino que el conocimiento, por la lengua y el medio empleados, abandonaba sus círculos habituales de distribución y circulación, y pasaba a ámbitos de mayor difusión, como la prensa, las tertulias y los cafés.

La suya y la de Sarmiento son dos respuestas, entre tantas, a los cambios que se operaban en España, que tal vez se puedan explicar desde sus diferentes orígenes sociales o quizá, mejor, desde sus distintas concepciones del saber y de aquello que identifican como constitutivo de la identidad nacional. La atención que fray Martín demuestra a la patria chica no podía ser apreciada por Feijoo, implicado en la construcción de un Estado moderno, apoyado en el centralismo y en la conciencia de comunidad unificada, como dejó claro en «Amor de la patria y pasión nacional», donde señala que España solo alcanza su sentido en el contexto europeo, en tanto que conjunto de individuos reunidos bajo unas mismas leyes. Si Sarmiento participaba de esto y colaboró en la representación del Estado, quería que esa reunión y representación no anulara las diferencias, que, al contrario, debían estar representadas para alcanzar la total identificación con la monarquía borbónica.

Sarmiento atendía a lo local moderno, es decir, a las continuidades y al valor de la diferencia, de ahí su interés por recoger plantas, nombres locales y cuanto fuera popular según nuestra terminología actual, por la lengua, los dichos, las creencias. Para él esa cultura tenía valor, cosa que no ocurre con Feijoo, que quiere corregir y desengañar, mientras atiende más a lo global moderno, al valor de lo general político mientras defiende una lengua única. Querer desterrar errores y falsedades no implica necesariamente acabar con las tradiciones y las creencias, pero sí a la larga, por ese proceso civilizador que lleva a rechazar lo que no es urbano, ni decoroso ni moderno, que produce una sensación de vergüenza y de vejez respecto de lo rural y popular.

En consonancia con el tiempo nuevo, con el proyecto borbónico y con el recuerdo de la guerra, el benedictino Feijoo optó por la idea de España como Estado-nación proyectada por la monarquía, frente a otras que se debatían entonces, como la opción barroca de España en tanto que conjunto de valores y esencias católicas, y la España pluricultu-

[99] *Teatro crítico universal*, I, Madrid, Joaquín Ibarra, 1778, p. LXXXII.

ral que defendían los austracistas, con la que Sarmiento tiene contactos.[100] El trabajo de fray Martín, su dispersión, la atención a materias y campos tan distintos, la capacidad digresiva, dan cuenta de su intento, teórico y utópico, de rediseñar el Estado o, mejor, de rediseñar el modelo borbónico para que contuviera aquellos aspectos de la realidad que quedaban marginados. No se trata de poner a uno por encima del otro, cada cual tuvo sus características y sus limitaciones, pero, frente a la visión de Estado de Feijoo, quizá Sarmiento tuvo más perspectiva histórica y cultural, lo que le permitió ver y valorar otras cosas, como hizo en sus viajes y al atender a las conversaciones de aquellos con los que se cruzaba:

> Yo tengo más consideración por las viejas, por lo mismo de verlas tan despreciadas, siendo abuelas, madres y tías de los que las desprecian. Sé que para mi intento más aprovecharía conversando una tarde cada semana con viejas setentonas de razón que leyendo la mitad de los libros de gaceta. Si eran curanderas, informándome de los mixtos que aplicaban, cómo y para cuál enfermedad. Si añadían el ser ensalmadoras, escribiendo todas las palabras de su contexto, para divertirme a solas en descifrarlas y tentar reducirlas a la lengua de donde se sacaron. Si en el contexto notaba yo consonantes y rimas, algo podría rastrear de la antigüedad de los consonantes.[101]

El fragmento es ejemplo de su capacidad asociativa y relacional, de los múltiples intereses en los que se entretenía y de cómo miraba un objeto desde diferentes puntos de vista, de manera que unos explicaran a otros.

CONDICIÓN AUTORAL Y DERECHOS DE AUTOR

Bastante de este modo de trabajar, de esta metodología, se explica en sus consideraciones sobre cómo debía ser el trabajo intelectual, sobre quiénes habían de dedicarse a él y qué requisitos debían reunir. Nos encontramos en un periodo que está dando forma a materias de estudio y a categorías profesionales que en el siglo XIX encontraron su formulación concreta en forma de instituciones académicas. Por otro lado, el trabajo de los eruditos en siglos anteriores –acrítico a menudo, mezclando leyendas y falsedades con datos ciertos– ya no respondía a los derroteros de la ciencia dieciochesca. La crítica ocupó el lugar central en los estudios y se prefirió al sabio que aplicaba sus conocimientos sobre la realidad, que se encontraba en sociedad y no apartado de ella, que propor-

[100] Ricardo GARCÍA CÁRCEL, «Los proyectos políticos sobre España en el siglo XVIII», en Vicente Palacios Atard (ed.), *De Hispania a España. El nombre y el concepto a través de los siglos*, Madrid, Temas de Hoy, p. 240. Véase también de este autor, *Felipe V y los españoles*, Madrid, Mondadori, 2005.

[101] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, IV, § 5715.

cionaba respuestas a las demandas sociales. El erudito que se disipaba en la búsqueda de nimiedades, el que era un mero acumulador como tantos que guardaban sus tesoros en gabinetes de curiosidades, alejados del orden científico y de las clasificaciones modernas, perdía presencia pública. Martín Sarmiento fue figura controvertida porque en esos momentos de cambio mantuvo una posición intermedia: ni enteramente antiguo ni absolutamente contemporáneo, si bien adoptó mucho del discurso moderno sobre la ciencia, siempre con los límites que su condición de religioso le imponía, tanto en cuestiones de fe como de intereses de la Iglesia o de su orden. Precisamente inicia la *Obra de los 660 pliegos* para defender los de los benedictinos y, en 1749, frente al catastro de Ensenada y su «única contribución», propone un método alternativo que salvaguardaba los bienes eclesiásticos para que en la medida de lo posible no fueran conocidos por las autoridades y no se pagaran impuestos en función de lo poseído.[102]

Que no se hubiera situado claramente entre los modernos hizo que se simplificara su posición y se le entendiera solo como un antiguo, según lo vieron al morir en 1772. José Cadalso publicaba ese año *Los eruditos a la violeta*, reflexión sobre el nuevo papel que desempeñaba el saber en la sociedad y sobre los modos de gestionar el conocimiento. Se pasaba de la noción del *saber* a la de *saberes*, y se otorgaba a la cultura una dimensión pública como medio de distinguirse en sociedad. Su trabajo reflexionaba desde el humor sobre cómo gestionar el conocimiento y sobre las nuevas figuras que ya habían aparecido en la República de las Letras, en especial, sobre la del publicista. Presentaba una faceta destacada de la conducta social que se daba en el resto de Europa y se percibe en tratados de filosofía práctica como el de Adolph F. Knigge, *De cómo tratar con las personas*, aparecido en 1788.[103] Cadalso ponía de relieve el prestigio que la cultura (y su ostentación pública) proporcionaba a los individuos, en forma de distinción, precisamente cuando se asistía a demostraciones públicas científicas o seudocientíficas, manifestación de un interés por estos asuntos que recorría Europa. Mostraba así mismo Cadalso que con el trabajo literario se podía conseguir presencia social, visibilidad e in-

[102] Véanse Antonio T. REGUERA RODRÍGUEZ, *La obra geográfica de Martín Sarmiento*, León, Universidad de León, 2006, y Martín SARMIENTO, *Escritos geográficos*. *Problema corográfico para describir a Galicia con un nuevo método. Plano para formar una descripción geográfica de España y América*, ed. José Luis Pensado, Santiago de Compostela, Junta de Galicia, 1996. También Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Imágenes de frontera: mapas, instituciones y maquetas», en Miguel A. Melón Jiménez, Miguel Rodríguez Cancho, Isabel Testón Núñez y Rocío Sánchez Rubio (eds.), *Dinámicas de las fronteras en periodos de conflicto. El Imperio español (1640-1815)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2019, pp. 195-208.

[103] Adolph F. KNIGGE, *De cómo tratar con las personas*, ed. Javier Rafael Hernández Arias, Barcelona, Arpa, 2016.

fluencia, que con las Letras mejoraba (o podía) la situación del individuo. Las Letras conquistaban espacios y proporcionaban representación e influencia.

Por su parte, en febrero de 1773, Tomás de Iriarte comentaba a su amigo Cadalso, en carta privada, las honras fúnebres de que fue objeto Sarmiento, así como los poemas que se escribieron con dicho motivo.[104] En aquellas exequias se reconocía la grandeza del sabio mediante un modelo alegórico y barroco en trance de desaparición, bastante similar, por otra parte, al empleado para conmemorar a Feijoo en 1764.[105] Resultaba en cierto modo simbólico que el que parece representante de un tipo de gestión de la sabiduría y de un modo de ser erudito, identificado con lo antiguo, muriera el mismo año en que un joven, representante de las novedades modernas, publicaba sobre la nueva sensibilidad cultural que desplazaba el protagonismo desde el sabio (erudito) al escritor público (erudito a la violeta). Aunque, en realidad, esa sensibilidad no era tan diferente de la que Sarmiento expresó al denunciar antiguas y nuevas formas de practicar la escritura.

Lo cierto es que esa clasificación daba muestras de la gran cavilación que se produjo en el siglo acerca de la actividad intelectual. El mismo Cadalso, en el ensayo epistolar que publicó poco después, las *Cartas marruecas*, hacía una taxonomía de las «varias clases de escritores» que había en su tiempo: «unos escriben cuanto les viene a la pluma; otros, lo que les mandan escribir; otros, todo lo contrario de lo que sienten; otros, lo que agrada al público, con lisonja; otros, lo que les choca, con reprehensiones»;[106] diferentes prácticas que muestran la diversificación a la que se llegaría en la profesión literaria: erudito, periodista, libelista, publicista, dramaturgo, etc., así como reflejo de la condición política y pública de la actividad. La suya no es una clasificación demasiado distinta de la que, desde la conducta y la moral, y en el ámbito germano, presentó el citado Knigge, cuando trató sobre la sociabilidad de artistas y académicos.[107]

Martín Sarmiento también clasificó a los hombres de pluma o, si se prefiere, a su práctica de la escritura. Por ejemplo, en el «Plano para el mapa general de España»; aludiendo a si viajan o no, a si prefieren el gabinete o el trabajo de campo, indica que

---

[104] En Emilio COTARELO Y MORI, *Iriarte y su época*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1897, pp. 447-451.

[105] Agustín HEVIA BALLINA, «Exequias y honras fúnebres del padre Feijoo, según las actas capitulares de la catedral de Oviedo», en Inmaculada Urzainqui y Rodrigo Olay Valdés (eds.), *Con la razón y la experiencia. Feijoo 250 años después*, Oviedo, Ediciones Trea, 2016, pp. 509-517.

[106] José CADALSO, *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, ed. Emilio Martínez Mata y Nigel Glendinning, Barcelona, Crítica, 2000, p. 156.

[107] KNIGGE, *De cómo tratar con las personas*, p. 363.

hay escritores de «aposento y candil» y escritores «viajeros».[108] En otros lugares se explaya en consideraciones sobre la escritura desde la perspectiva moral unida a la económica, lo que complementa con abundantes reflexiones sobre la necesidad de reconocer los derechos de autor, cuestión en la que se adelantó a otros como Diderot. Para él, el único dueño de la obra es el escritor o su heredero, mientras entiende el objeto literario como cualquier otro bien mueble o inmueble que pueda poseer alguien. Sarmiento, que no fue un escritor público, considera que las Letras eran una profesión, para bien y para mal, que debía ser actividad remunerada, y dejó por escrito sus pensamientos al respecto en sus *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real*.[109]

Como se ha señalado, sus observaciones se mueven en varias direcciones. Si tiene en cuenta el aspecto económico de la profesión, también atiende a las consideraciones morales, por lo que propone una Academia que censure los escritos –en línea con proyectos similares, como el de Francis Bacon, el de Mercier, para Francia, y otros–. En esas *Reflexiones* organizaba moralmente la República de las Letras mediante unas reglas que debían ser inviolables, pues solo así la profesión sería digna y útil al Estado. Sus ideas se anudaban con las de otros, antes, dentro y fuera de España. Todos los reglamentos conocidos proponían un escritor cristiano en sus valores y en la misma dirección fueron los consejos de Martín Sarmiento.[110]

Pero a estas premisas sumidas en una tradición ética ideal añadió otras extraídas de la experiencia cotidiana de la práctica literaria y, si defendió la profesión del escritor, recordó así mismo su compromiso con el lector, de lo que resultaba inaceptable escribir por escribir, atacar injustamente o para sumarse al carro de las ganancias, como ocurrió con muchos de los contradictores de Feijoo. Frente a este, que como Voltaire despreciaba a los que escribían solo para ganar, Sarmiento –que a veces participa de esa descalificación– entiende que el dinero es el pago necesario al esfuerzo del autor, y no podía verlo de otro modo si se consideran los buenos ingresos que tuvo por sus varias reediciones de la *Demostración crítico-apologética*. A pesar de encastillarse en la no publicación, fue uno de los que mejor expresó la conciencia autoral que de forma masiva se tenía en el siglo.

---

[108] En sus *Escritos geográficos.*

[109] *Reflexiones literarias*; ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras…*, pp. 203-253; Concha VARELA OROL, «Martín Sarmiento y la República Literaria española», *Hispania*, 76 (2016), pp. 693-719.

[110] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras…*, pp. 133-146; Louis S. MERCIER, *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*, eds. M.ª Luisa Sánchez-Mejía y Ramón Cotarelo García, Madrid, Ediciones Akal, 2016, p. 182.

Él mismo había escrito que se consideraba de «los siglos en que nada se imprimía y se escribía mucho»;[111] ahora bien, dando ejemplo de la amplitud de sus referentes, en otros testimonios se mostraba hijo avanzado de su tiempo, como al defender el pensamiento de Newton y la nueva física, al hacerse cargo del microscopio que no quería Feijoo o cuando trata sobre la educación de los niños.[112] Por otro lado, frente a los que abandonaban el método crítico cuando se enfrentaban a cuestiones de historia y fe falsas pero que interesaba mantener, Sarmiento es precisamente crítico porque contrasta opiniones y se guía por la experiencia. En 1734, tras defender a Feijoo, escribía: «es grotesca la literatura a la cual no preceda una juiciosa crítica y en España jamás habrá crítica sin el *Teatro* o sin otra obra semejante». E insiste en que el modo de trabajar de Feijoo «es lo más necesario para España», que ya no está para silogismos: «para la edad de la barbarie bastan los mil años que nos ha tiranizado».[113]

Sarmiento es, como le sucederá después a Menéndez Pelayo y ocurrió antes a otros, una figura pública, cuya imagen se construyó elevando a categoría la anécdota y convirtiendo momentos de su vida en el reflejo de toda ella. Ya se vio. Porque el santanderino escribió una vez que se encontraba más a gusto con los muertos que con los vivos, se ha pensado que no estaba al tanto de lo que se escribía contemporáneamente, cuando la consulta de sus trabajos, de sus prólogos y de su epistolario desmiente el aserto.[114] Del mismo modo se ha procedido con Sarmiento. Si está anticuado en cuestiones de estética, si un tiempo lo fascinan la numerología y los saberes herméticos, no es antiguo en ciencia, y esa condición anticuada, que se manifiesta en algunos de sus escritos, se articula bien, sin embargo, con el conocimiento que tenía de la realidad entorno y con el protagonismo que dio a la historia natural como única forma de conocer el mundo, lo que le sitúa ante la constatación de la variedad y diversidad cultural. Gran parte de la incomprensión de su figura deviene de valorar su actividad solo parcialmente o de hacerlo con parámetros que no se ajustan a ella, pues Sarmiento ni fue poeta, ni publicista, ni literato en sentido lato, ni historiador aunque a veces fungiera como tal, sino documentalista y asesor, experto erudito en acumular datos e informaciones que podían servir a otros y a él mismo para escribir tratados sobre diferentes materias, pues nada humano le fue

[111] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, V, § 7312.

[112] PENSADO, *La educación de la juventud*.

[113] SARMIENTO, *Reflexiones literarias…,* pp. 15-16.

[114] Véase mi introducción, «Menéndez Pelayo, tradicionalista renovador», en Marcelino Menéndez Pelayo, *Literatura y nación. Preliminares de historia literaria*, ed. Joaquín Álvarez Barrientos, Pamplona, Urgoiti editores, 2019, pp. IX-CLXXII.

ajeno, llevado tanto de su curiosidad como de su concepción de que los saberes están relacionados y se explican, y explican el mundo, en contacto.

CANONIZACIÓN DEL «HÉROE LITERARIO»

Como ya he comentado al tratar sobre su imagen, no se tuvieron en cuenta matices y distingos. Pero, para que esas construcciones funcionen, deben ajustarse a generalizaciones y no detenerse en el detalle. Son los admiradores quienes terminan de perfilar al personaje, de modo que se ajuste a sus propios intereses. Los que escribieron sobre él lo emplearon para consolidar, frente a las novedades intelectuales, el modelo de escritor que ellos valoraban, basado en el erudito antiguo, apartado del mundo, al que le falta la suavidad del trato social, tenido por muchos como el verdadero modelo literario.

Las estrategias para consolidarlo como héroe literario y monumento se iniciaron desde el momento de su muerte, cuando se escribe una biografía que quedó inédita. Además, se celebraron en 1773 las honras fúnebres que lo exaltaban y un grupo de «amigos y estimadores de este gran literato» propició la edición de sus *Obras póstumas*, de las que solo se publicó el primer tomo, sobre la historia de la poesía española, como parte de la estrategia de «canonización» del intelectual.[115] Las décadas finales del siglo conocen el movimiento cada vez más generalizado de la constitución en héroes de determinados representantes de las diferentes actividades culturales. Ya no bastaban los parnasos, se necesitaban grandes hombres y padres de la patria.[116] Los mismos que iniciaron la publicación de sus obras financiaron su busto, principiado en 1774 por su amigo y colaborador en los trabajos de adorno del Palacio

[115] Felipe GARCÍA SAMANIEGO, «Elogio de don Felipe de Castro, escultor de Cámara de S. M., que en la junta de la Real Sociedad Económica Matritense el 16 de noviembre de 1776, dijo…», en *Memorias de la Sociedad Económica Matritense*, II, Madrid, Antonio Sancha, 1780, pp. 70-78.

[116] De ahí el trato dado a figuras como Ceán Bermúdez, José Marchena, Juan Andrés y Quintana, entre otros. Véase Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «El intelectual en el cambio de siglo. Manuel José Quintana: monumento de sí mismo», en *La patria poética. Estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*, eds. Fernando Durán López, Alberto Romero Ferrer y Marieta Cantos Casenave, Madrid, Iberoamericana, 2009, pp. 331-366; Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «"Este era Marchena". La construcción de su imagen como intelectual», en Alberto Romero Ferrer (ed.), *Sin fe, sin patria y hasta sin lengua: José Marchena*, Sevilla, Renacimiento, 2016, pp. 13-64; Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «La profesión de las letras: el erudito Juan Andrés», en M.ª José Rodríguez Sánchez de León y Miguel Amores Fúster (eds.), *La ciencia literaria europea en tiempos de Juan Andrés (1740-1817)*, Madrid, Visor, 2019, pp. 15-40; Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Famoso, célebre y héroe ejemplar. Ceán Bermúdez elabora la historia de las bellas artes y éstas lo convierten en gran hombre», en Elena de Santiago y David García López (eds.), *Ceán Bermúdez y la historiografía de las Bellas Artes*, Madrid, CEEH/Biblioteca Nacional, 2019 (en prensa).

Real, Felipe de Castro, y continuado por Manuel Álvarez,[117] y una estampa con su retrato, que dibujó Isidro Carnicero y grabó Francisco Muntaner ese mismo año. Seguramente se estampó para colocarla al frente de sus obras, pero no se incorporó; lo presenta con un infolio en la mano, aludiendo a su actividad como erudito. Sarmiento mira sonriente, contento de haber encontrado el pasaje que buscaba u orgulloso de lo escrito. En la peana, el escudo familiar; un sarmiento, aludiendo a su nombre, y la cornucopia de la abundancia, en este caso, intelectual. Sobre el escudo, el sombrero alado de Hermes, sugiriendo quizá su interés por los saberes herméticos o su condición de mensajero, es decir, de transmisor de conocimiento. Retratos y bustos eran recursos para consolidar la imagen del héroe literario: él mismo pidió que se levantase una estatua de mármol a Cervantes, cosa que solo se hizo en 1833.[118]

Retrato de Martín Sarmiento: Isidro Carnicero lo dibujó y Francisco Muntaner lo grabó (1774). Busto de Martín Sarmiento: Felipe de Castro y Manuel Álvarez lo esculpieron (1774- 1775)

Responsable de su oración fúnebre en 1773 fue fray Anselmo Avalle que, por entonces, se encontraba escribiendo su vida, aunque no la terminó.[119] Avalle, con información

[117] Mª Teresa CRUZ YÁBAR, *El escultor Manuel Álvarez (1721-1797)*, I, Madrid, UCM, 2011, p. 92 (tesis doctoral).

[118] SARMIENTO, *Noticia de la verdadera patria*, p. 103.

[119] Anselmo AVALLE, *Oración fúnebre, que […] el predicador mayor del real monasterio de San Martín de Madrid, dijo el 7 de febrero de 1773 en las honras que dicho monasterio celebró a la buena memo-*

de primera mano, lo presenta como un sabio entregado al conocimiento verdadero, o sea, a la «sabiduría de Dios, que le dirigió por los caminos rectos del temor santo», razón por la que posee los más peregrinos y singulares conocimientos. Por tanto, al provenir el conocimiento de Dios, Sarmiento fue un «sabio cristiano».[120] Y, en configuración de su imagen moral y ejemplar como héroe literario, de ahí proviene su humildad, aunque se sabe que el benedictino no conocía esa virtud, como recuerda el mismo Avalle con las irónicas palabras del padre Flórez ante su sepultura: «Me parece que está gozando de Dios porque no tenía otro pecado que el de tratarnos a todos de ignorantes».[121] Sarmiento acusó de ignorancia a sus iguales, es decir, a académicos e intelectuales, porque cuando habló del pueblo llano, de los agricultores, de los niños y de las viejas mujeres, siempre lo hizo con admiración y valorando, precisamente, los conocimientos que tenían del entorno y de aquello a lo que se dedicaran. Por eso repite frases como la ya citada: «sé que para mi intento más aprovecharía conversando una tarde cada semana con viejas setentonas de razón que leyendo la mitad de los libros de gaceta».[122]

Por eso despreció las academias y rehusó entrar en ellas, cuando se lo propusieron, y por eso escribió en contra de erigir una de Agricultura en Galicia, en la que no hubiera agricultores ni quien supiera de la materia. Declinó ingresar en las que se le propuso por mantener su independencia y porque las consideraba producto de la charlatanería, opinión que compartía con otros dentro y fuera de España.[123] Esa es la razón por la que, cuando Felipe V le dio la posibilidad de pedir lo que quisiera en compensación por sus trabajos, respondió, salvaguardando su libertad, que solo deseaba seguir sirviendo desde «el retiro de su celda» porque hallaba la felicidad «en la compañía de sus libros».[124] Más

---

ria de su famoso hijo, Madrid, Imprenta de Antonio Pérez Soto, 1773, p. 43. Quizá esa biografía sea lo que hoy se conoce como *Vida y obra del Rvdmo. P. M. Fray Martín Sarmiento (1695-1772), sacada a la letra de un manuscrito anónimo del s. XVIII*. No solo usa su autor anónimo el mismo tipo de referencias eruditas exegético-monacales y estilo acumulativo, sino que además muchas páginas de la *Oración* fúnebre están en la *Vida*, a menudo sin cita. Para esta cuestión, véase ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Martín Sarmiento o la escritura como gabinete de curiosidades».

[120] AVALLE, *Oración fúnebre*, pp. 21-22.

[121] *Vida y obra*, p. 165.

[122] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, IV, p. 296.

[123] Tenía «muy bajo concepto de las universidades y de las academias. Decía que las primeras se fundaron en tiempo de la barbarie y las segundas en el de la charlatanería», «Anécdotas del Padre Sarmiento», en *Colección de obras*, I, f. 47r (BNE, sig. Ms 20374). Véase KNIGGE, *De cómo tratar con las personas*, cap. dedicado a los académicos.

[124] *Vida y obra*, p. 290.

allá del tópico clásico, la celda tanto era el espacio de sociabilidad como el del retiro para el viaje interior que es toda investigación.

El retrato que dibuja Avalle se ajusta a otras convenciones que fijan el modelo ético y útil de escritor comprometido, como es la entrega desinteresada a su trabajo, dedicado a los demás, dirigido a lograr la «felicidad pública», sacrificio continuado que lo llevó a la obesidad:

> Su deseo eficaz [era] hacer felices a todos, proponiendo modos más fáciles para la educación de los niños, para el adelantamiento de varias artes, para el alivio y felicidad de los labradores y artesanos, que son el nervio de la República, y para la extinción del copioso enjambre de zánganos y vagabundos […] acostumbrados a vivir de la estafa y del sudor del labrador y artesano en dispendio del erario.[125]

Estaba implicado, por tanto, en una labor de mejora de la sociedad –con críticas constantes a la Administración del Estado– que contradice la idea de que era un sabio alejado del mundo, puesto que no solo conoce el pasado, sino que además escribe sobre el presente y sus problemas, y pone al servicio de la actualidad el conocimiento de lo antiguo. De hecho, gran parte de su escritura, además de informes y respuestas a consultas, corresponde al deseo de conocer la realidad española (botánica, costumbres, etnografía, lenguas), o para defender algo, como se señaló. Literatura útil y utilitaria, al servicio de objetivos concretos, que es lo que muchos no entendieron, como el autor de los citados *Diálogos de Chindulza*.

Esa obra de Manuel Lanz de Casafonda, planeada desde Nápoles antes de la llegada de Carlos III, pretendía desprestigiar determinadas instituciones y personalidades de la cultura española, entre otras, a Sarmiento, para hacer más fácil la implantación de los equipos y proyectos culturales del nuevo monarca.[126] En el texto se debate acerca de las formas de entender el conocimiento y sobre su utilidad, mostrando el cambio de paradigma y calificando los saberes de Sarmiento como «extravagancias», porque se dedica a cosas nimias, alejado de los rumbos modernos de la historia. Como por las fechas en que se redactan los *Diálogos* Sarmiento se ocupaba en los adornos del Palacio, se hace burla del tipo de estudios a que se dedicaba.

> Este monje es de aquellos que […] te conté que no se aplicaban tanto al estudio de la ciencia que profesan, cuanto a otras muy ajenas de su profesión y estado. No hay duda que su erudición es vasta, pero por un rumbo muy extraño se ha dado a

[125] AVALLE, *Oración fúnebre*, p. 31.

[126] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras…*, pp. 104-105.

> un género de literatura a que pocos se dedican, y esto ha hecho que tenga más crédito del que en realidad merece. Su fuente son las antigüedades, y sabe mucho de la disciplina militar y triunfos de los romanos, de sus armas, escudos, sellos, vestiduras, calzados, convites, baños, juegos, granjas, edificios, calzadas, acueductos y cloacas, ferias y ceremonias, fiestas de su falsa religión, votos y sacrificios, oráculos, inscripciones sepulcrales y otras cosas de este jaez, especialmente las que tocan a asuntos raros y extravagantes sobre que ha hecho algunas disertaciones. Una estaba trabajando [sobre] las bubas.

Aunque se reconoce que sabe cosas «de bastante erudición», se le desautoriza como ridículo y por su método para «entender tal cual palabra», que le lleva a hablar después «una hora sobre su etimología».[127] Luego se tratará de la importancia que la etimología tenía en su método de trabajo, baste decir ahora que esas críticas no captaban su interés (que no estaba en el horizonte de los modernos) por no perder el patrimonio y hacer una lectura del pasado que fuera útil para el presente. De ahí su obsesión por las fuentes, porque se publicasen concilios, leyes, ordenanzas, viajes, etc., así como su crítica de todo trabajo que no cumpliera ese requisito de utilidad.

En este ambiente de descrédito de ciertas actividades intelectuales y de determinados modelos de gestión del saber, Sarmiento representó para algunos lo que acabó siendo Cervantes en los siglos XIX y XX: un «lugar» de consuelo ante los ataques y la incomprensión cultural extranjera y nacional. Sarmiento, como aquellos autores monumentalizados, perdía su condición de individuo para convertirse en símbolo de un ideal, en figura pública o emblema que representaba a la nación vilipendiada. Su personaje es un héroe con dos caras. Por un lado, la del modelo de erudito que trabaja por su entorno y sus conciudadanos; por otro, la de un ser arisco, vuelto sobre sí mismo, comprometido con iluminar a sus contemporáneos.

Este proceso de identificación del autor con un modelo valorado se verifica en *Vida y obra*, la biografía citada, de modo que se lo propone como ejemplo heroico vinculado a iconos culturales prestigiosos como los del sabio y el Siglo de Oro español. No en vano, y Avalle (su posible autor) parece dependiente de ello, ya Baltasar Gracián había señalado la relación entre el sabio y el héroe.[128] También lo relaciona con valores excepcionales que para la mayoría revelan o identifican el carácter del erudito, como la mucha memoria, rasgo que él rechazaba, prefiriendo la constancia en el trabajo, la

[127] LANZ DE CASAFONDA, *Diálogos de Chindulza*, pp. 38 y 40.

[128] Aurora EGIDO, *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*, Madrid, RAE, 2014.

«atención, método y prolijidad», y la escritura como método memorístico.[129] Las anécdotas sobre su infalible retentiva se repiten, así como sobre su enorme capacidad de trabajo (entre doce y catorce horas de estudio), que le lleva a enfermar.[130] Escribir es el «método que yo uso para estudiar […], le considero como un singular atajo para saber […]. Este es el arte de *memoria* que yo uso para que las noticias […] se me queden indelebles, sin estudiar de memoria».[131] Se construye el mito sustituyendo el modelo al individuo, proyectando los propios valores de quien forja la imagen, como con Giotto, Leonardo, Quevedo y Menéndez Pelayo.

El tratamiento que se le da es el mismo que a otros ilustres que mueren. No es una excepción, forma parte del proceso de consolidación de un espacio público, pero también simbólico, que explique y justifique la existencia, mediante la utilidad, de individuos dedicados a las letras y a las ciencias, sobre todo a las primeras. Para ello se los vinculó a un discurso histórico basado en el héroe –ejemplos desde Feijoo hasta Quintana, pasando por Nifo, Cadalso, Ponz, Máiquez, Ceán Bermúdez, entre otros–, y se los mostró como seres al servicio del público. Y las artes y las ciencias como necesarias para el progreso del Estado. Por lo mismo, era necesario que la aplicación fuera constante, fuerte, extrema, hasta el punto de la enfermedad, que es forma de entrega, consecuencia del compromiso del erudito con su entorno. Son ejemplos morales al final de una vida[132] y se les trata como a héroes literarios, estímulo para la juventud y modelo para la nación, lo que el autor de la *Vida* muestra, entre otros casos, con la participación de Sarmiento en la «guerra literaria» de 1732, cuando fue retado por un «cartel de monomaquia», según ya se vio. Él mismo se había referido a su defensa de Feijoo en términos similares, pero lo que importa destacar ahora es el uso que se hace del episodio para presentarlo como defensor del progreso frente a los tradicionalistas, contra las equivocadas fuerzas conservadoras.

El resultado, según su biógrafo, fue que se consolidaron más las razones a favor de los modernos y las reformas, y que quedó clara la predominante motivación económica de los polemistas. Pero las consecuencias habrían llegado más lejos, pues el 23 de junio de 1750 Fernando VI, consciente de la importante labor que la orden benedictina llevaba a cabo, prohibía impugnar los trabajos de Feijoo, decisión criticada por muchos. El biógrafo relaciona esta defensa real, y muestra sus diferencias, con la que tuvo en Ale-

[129] *Vida y obra*, p. 78.

[130] *Vida y obra*, p. 76-104.

[131] SARMIENTO, *Onomástico etimológico*, II, p. 53.

[132] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *Los hombres de letras…*, pp. 179-191.

mania Christian Wolf, e interpreta la protección del monarca como recompensa y reconocimiento de los padecimientos sufridos por trabajar en favor «del beneficio público».[133] Así, el enfrentamiento entre partidarios y detractores de Feijoo se presenta como una «guerra civil», en la que la Corona toma partido, entre dos sectores hermanos pero contrarios: los españoles ignorantes, «a los que ya había vencido el Maestro Sarmiento», y los que están en el lado correcto. Su contribución al progreso intelectual de España habría sido determinante, tanto cuando figura en el «bando moderno», como cuando va por libre y trabaja con sus propios métodos.

HISTORIA NATURAL, ETIMOLOGÍA Y DIGRESIÓN

Si sus hagiógrafos lo retrataron como sabio cristiano, Sarmiento, que no renuncia a su fe religiosa, fue un hombre crítico. Su curiosidad hizo que sus intereses, y la relación entre ellos, se ampliaran de forma que solo encontró en otra ciencia el modo adecuado para dar cuenta de esa abundancia de frentes, una ciencia que le parece el instrumento correcto para conocer y entender el mundo: la historia natural. Ser un sabio cristiano implicaba aceptar los límites del conocimiento impuestos por la Iglesia, y él se caracterizó precisamente por lo contrario. Signo de ese no reducirse a lo que ya está averiguado es, precisamente su crítica continua y su paso a la historia natural, así como la adopción de un método de trabajo, el de campo, que le permitía inquirir a los que sabían sobre los distintos aspectos de la realidad entorno, del que forma parte su atención a la etimología como método de aprendizaje y ordenación del conocimiento. Para estudiar la realidad natural, de lo que ya había dado ejemplo en su *Viaje a Galicia,* elaboró el cuestionario *Plano para formar una general descripción geográfica de toda la Península y de América*.

Al derivar hacia la historia natural, se abrió a otros ámbitos de trabajo, como la antropología, la etnología, el folklore, además de a la geografía, la botánica, la lexicografía, algunos de los cuales ya había frecuentado. Su deriva es consecuencia de entender el saber como una red, de comprender su condición relacional y de la importancia que lo rural y popular adquiere en sus pesquisas y en su cosmovisión. Pone el punto de atención en los saberes populares que caracterizan a las regiones y que poseen niños, mujeres e «ignorantes», a los que la ciencia moderna no considera pero que son sus informantes cuando sale al campo. Frente a la progresiva especialización de los saberes, él aún mantiene la idea del enciclopedismo, de la totalidad abarcadora del árbol de las ciencias.

[133] *Vida y obra*, p. 145.

Según sus propias declaraciones, fue a partir de 1745, coincidiendo con su viaje a Galicia, cuando ese interés cobró cuerpo. Señala Pensado[134] que el viaje supuso el paso de un tipo de saber tradicional y libresco a otro experimental, pero quizá más bien lo experimental o la experiencia como método fue lo que le llevó a tomar esa perspectiva más amplia que se verificó en ese viaje. Su punto de vista coincidía con el de otros sabios, como el de su elogiado abate Pluche, que refiere su interés por el «libro de la naturaleza» en la *Historia del cielo*, pero también en el *Espectáculo de la naturaleza o conversaciones acerca de las particularidades de la historia natural*,[135] cosa que Sarmiento explicita después, por ejemplo, en la *Obra de 660 pliegos*, en el «Árbol santo de Aranjuez, llamado palo santo», donde escribe:

> Después de lo que se debe creer como revelado, no hay más ciencia en el mundo que la historia natural en toda su amplitud: *Felix qui rerum potuit cognoscere causas*. Ese será feliz que llegare a conocer las causas de todo lo que Dios ha criado en este mundo visible y expectable, pues todo es objeto de la historia natural. Toda otra ciencia, o es fruslería o solo sirve para abultar el tomo de la *Charlataneria eruditorum* de Menckenio.[136]

Y, sin olvidar que su *Obra de los 660 pliegos* se dedica igualmente a la historia natural, en el *Onomástico etimológico de la lengua gallega* comenta:

> Cargaré aquí la mano a la historia natural […] probando antes que, sin un más que mediano conocimiento de historia natural, nada se puede saber en lo natural, ni en lo civil […]. No digo que en sabiendo la historia natural se sabrá todo. Digo que no precediendo el conocimiento de la historia natural nada se sabrá bien.[137]

---

[134] En SARMIENTO, *Viaje a Galicia*, p. 23.

[135] Noël Antoine PLUCHE, *Espectáculo de la Naturaleza, o conversaciones acerca de las particularidades de la historia natural*, XIII, Madrid, Gabriel Ramírez, 1755, conversación I.

[136] Citado en *Vida y obra*, p. 237. No he podido localizar esta cita, que no se encuentra en el «Árbol de Aranjuez, que se cree ser del palo santo, y no es sino *lotus africana*». Valorar la historia natural le lleva a confirmar el poco interés por ella de los españoles y la ignorancia de médicos y boticarios.

[137] SARMIENTO, *Onomástico etimológico*, I, p. 77. En el «Papel del fenicóptero», al número 7, insiste en esa necesidad de conocer el mundo físico para rentabilizarlo después, con palabras casi iguales: «La historia natural y algo de física experimental es la basa de toda fábrica, manufactura y de todas las artes mecánicas. Más digo: la historia natural en su extensión es el fundamento de todas las ciencias humanas. No digo que el que supiere solamente un poco de historia natural sea científico, digo que no se debe llamar científico el que no posee medianamente el conocimiento de la historia natural» (cit. en *Vida y obra*, pp. 238-239).

La historia natural, por tanto, se vuelve instrumento imprescindible para entender el mundo y para desarrollar cualquier tecnología.[138] Derivado de ello es su pronta insistencia en la erección de un jardín botánico y en la publicación de la *Flora española*, que llegó con su amigo y coetáneo José Quer a partir de 1762. El objeto de poseer un jardín botánico y el catálogo de la flora española, además de ser científico, era político y nacional, pues se quería rebatir la negativa opinión sobre los estudios botánicos españoles que Linneo había publicado en su *Bibliotheca botánica* (1736). Quer le repondió en el tomo primero de la *Flora* –prefería el ya anticuado método de Pitton de Tournefort–, y también sacrificó ante la historia natural en el segundo tomo, al hacer su «Catálogo de los autores españoles que han escrito de Historia Natural».

Para Sarmiento el objeto de ésta era lo visible y expectable, pero también lo que no se ve, el mundo de la fantasía, la imaginación y lo onírico, como consta en su *Viaje de Galicia*, donde cuenta una «reflexión física sobre un sueño» que tuvo e intenta explicarlo mediante asociaciones de ideas, significantes e indicios «para rastrear el modo con que las especies están colocadas en la fantasía».[139] Trabajar en la filosofía natural se había presentado como camino para conocer la verdad al menos desde Malebranche y Boyle, que pensaban que era el único medio de conocer el universo. No había contradicción entre el estudio científico y la religión, como había enseñado en 1690 Robert Boyle, cuyo libro *El cristiano virtuoso* mostraba cómo «siendo adicto a la filosofía experimental un hombre no se ve indispuesto, sino mejor asistido, para ser un buen cristiano». Cuanto mejor se conociera el mundo más se entendería la grandeza del plan divino. Por tanto, centrarse en la historia natural era coherente con ese pensamiento, y así se hizo, hasta el punto de que en 1763 la *Critical Review* podía asegurar que «la historia natural es ahora, por especie de institucionalización nacional […], el estudio favorito de la época».[140] Se refería a Gran Bretaña, aunque el juicio se podía hacer extensivo a otros países.

Pero, según se adelantó, indispensable es también la etimología en su *modus sciendi* o forma de alcanzar el saber, elemento central que ordena su árbol de la ciencia, que no

---

[138] Otro que también llegó a esta conclusión, si bien más tarde e influido seguramente por Sarmiento y otros científicos europeos, fue José de Viera y Clavijo. Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «José de Viera y Clavijo (1731-1813), un hombre de letras cortesano», en Rafael Padrón (ed.), *Viera y Clavijo, de isla en continente*, Madrid, Gobierno de Canarias/ Biblioteca Nacional, 2019, pp. 27-71.

[139] SARMIENTO, *Viaje de Galicia*, p. 143.

[140] *Critical Review*, 16 (1763), p. 312. Cit. por G. S. ROUSSEAU, «Los libros científicos y sus lectores en el siglo XVIII», en Javier Ordóñez y Alberto Elena (eds,), *La ciencia y su público*, Madrid, CSIC, 1990, pp. 147-224. La cita en la p. 202.

pocas veces vinculó con la historia natural, como señaló en su *Onomástico etimológico* y se destaca al inicio: «en esta obra se propuso el autor señalar el origen de la lengua gallega en el latín, para lo cual, discurriendo por la historia natural, descubre la etimología de los nombres de lugares, apellidos y frutos del reino en dicho idioma».[141] Pero su interés por ella no se revela solo en el *Onomástico etimológico* y en los *Elementos etimológicos según el método de Euclides*,[142] sino que está presente en todos sus escritos, en los que muchas de las digresiones vienen provocadas por la necesidad de explicar una palabra y, desde ahí, un concepto, o desarrollar un análisis.

En esta concepción del saber le había precedido Isidoro de Sevilla, que estructuró el conocimiento del mismo modo en sus *Etimologías*, también conocidas como *Orígenes*; uno y otro quieren apurar los principios del saber como forma de hacer correcta historia, pero también, en el caso de Sarmiento, como necesidad previa para desarrollar proyectos de futuro. La obra de Isidoro le sirve así mismo como modelo de exposición, pues la *summa* es en muchos de sus trabajos el modo de presentar sus investigaciones, relacionadas unas cosas con otras. La etimología construye la *summa*. Sus saberes son enciclopédicos y las *Etimologías* de Isidoro son una enciclopedia del conocimiento hasta el momento de su composición, explicado desde la investigación filológica. Isidoro explicó el mundo desde la lingüística, como después Sarmiento, pues el mundo (la cosa) se manifiesta en la lengua.[143]

Esta afición a la etimología fue notada por sus contemporáneos, si bien como defecto (según se vio con los *Diálogos de Chindulza*). Sin embargo, además de dejar varios trabajos sobre la materia, como en otras ocasiones se defendió de esa acusación explicando su utilidad: «los hombres no nos damos a entender por conceptos, sino por palabras; y mal se podrán entender las cosas, si no se penetran bien las palabras».[144] Y explica también su conveniencia para establecer cronologías, para relacionar unos idiomas con otros y para conocer el sentido de la toponimia; se valió de la analogía y la etimología para fijar nombres geográficos, para explicar apellidos y desmontar genealogías,

---

[141] SARMIENTO, *Onomástico etimológico*, II, p. 7.

[142] Martín SARMIENTO, *Elementos etimológicos según el método de Euclides*, ed. José Luis Pensado, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1998.

[143] ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, eds. Manuel C. Díaz y Díaz, José Oroz Reata y Manuel-A. Marcos Casqueiro, Madrid, BAC, 1994, 2 vols. La edición con la que trabajaba el benedictino era *Originum sive Etymologiarum Libri XX*, incluida en *Auctores Latinae Linguae*, León, 1602 (*Onomástico etimológico*, II, p. 330). Véase José Luis PENSADO, *Fray Martín Sarmiento: sus ideas lingüísticas*, Oviedo, Cuadernos de la Cátedra Feijoo, 1960.

[144] En *Vida y obra*, p. 247.

lucrativa actividad de falsarios.[145] También le sirvió para vincular en la historia natural los nombres latinos con los vulgares, y le fue productiva en casi todas las materias a las que se acercó.[146] Defendió su uso y los conocimientos que aportaba por su validez para conocer el libro de la naturaleza. Por eso, las pongo «en todos mis escritos».[147]

Por otro lado, buscar los orígenes de las cosas en los de las palabras es coherente con su método de trabajo, que remite a las fuentes y a la cronología. De ahí sus críticas a los que escriben libros en compendio o copiando de otros, sin compulsar los textos originales para comprobar, transmitiendo errores de forma crónica. Uno de los testimonios más desarrollados sobre ese modo de obrar se encuentra en su «Papel sobre la planta bardana», donde explica que aborrece citar a aquellos autores que no leyó y que recurrir a los textos le permite descubrir plagios, contrastar opiniones, aclarar significados, etimologías y antigüedades.[148]

Otro rasgo de sus trabajos es la digresión, así mismo criticada por muchos. La etimología consiente la digresión, una característica de su escritura que recarga y dificulta a veces seguir el hilo del relato, pero que se explica por entender que todo está relacionado y por el valor y función de la etimología, ya que no pocas derivaciones del discurso son explanaciones sobre palabras. La digresión, por tanto, además de caracterizar su estilo, sobre todo ordena su pensamiento y estructura el saber; le permite exponer conocimientos que considera útiles o necesarios para el asunto que trata. No renunció nunca a ella, y esto solo evidencia un árbol de la ciencia cuyas ramas se entrelazan, así como el hecho de que la erudición no fue nunca un mundo cerrado que le aislaba del tiempo presente: la digresión le permitía tanto hablar del pasado como de su propia época y comunicar tiempos y saberes. Él mismo reconoce ese rasgo de su escritura como esencial porque sirve para aclarar puntos de la disertación, y se defiende de las acusaciones de «largo y pesado en mis escritos [por]que amontono digresiones. ¿Y quiénes lo dicen? Los que o no los han leído, y, si sí, que se podrá dudar si poseían los requisitos para entenderlos. Si los entendiesen, ellos mismos verían lo que me guardo en el tintero, y que más peco de conciso que de largo y pesado».[149] De hecho, no es despreciable la posibilidad de que las digresiones tuvieran una función política, puesto que las insertaba

---

[145] ÁLVAREZ BARRIENTOS, *El crimen de la escritura*, pp. 148-157.

[146] Pilar ALLEGUE AGUETE, *A filosofía ilustrada de Fr. Martín Sarmiento*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1993, pp. 63-65.

[147] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, III, p. 75.

[148] SARMIENTO, *Colección de obras*, XI, 1ª parte, ff. 314v-315r, BNE, sig. Ms. 20387.

[149] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, III, § 3635.

también en informes que le solicitaban desde el gobierno, de manera que proporcionaba ideas, quejas, críticas, observaciones, sugerencias sobre asuntos que le importaban y que, tal vez, de ese modo pasaban a interesar a su privilegiado lector político.[150]

La digresión es consecuencia de no especializarse en una sola materia o aspecto. Él denominó esta forma de escritura «*incidentes* o llámense *episodios* y con mal nombre *digresiones*» y se le vienen de modo natural a la pluma, aunque podía escribir solo un folio «siguiendo la moda francesa de hoy de hacer que hacemos y de escribir que escribimos de todas las cosas en poco papel», pero como todo está conectado, necesita hacer tales apartes que explican mejor aquello de lo que trata.[151] Lo argumenta así en la *Obra de 660 pliegos*:

> Cuando escribo, más atiendo a la conexión que entre sí tienen las noticias en mi cabeza que a la que podían tener, o no, en la cabeza de mis lectores. Aborrezco la inconexión entre un periodo y el antecedente y el subsiguiente.
>
> No se hallará párrafo en mis escritos que no venga hilado de lo antecedente y que no se ligue con el subsiguiente […]. Yo escribo así, sin advertencia ni estudio alguno [lo mismo decía Feijoo para justificar su propio modo]. Creo que el ser fastidiosa y pesada la lectura de un libro consiste en que en él no se palpa la cadena continuada de las conexiones intermedias y sucesivas (V, ff. 4v- 5r).

Otra característica de lo episódico es que, gracias a sus asociaciones, aporta informaciones que el lector no encontrará en ningún libro:

> Estas detenciones mías, que los lectores de escuelas [otras veces habla de lectores de «libros en miniatura y de *pitiminí»]* llaman digresiones, son frecuentes en mis papeles, y en las cuales siempre descubro algo que jamás he leído en libro alguno y, aunque por consecuencias, siempre lo adapto al principal asunto de mis papeles (I, f. 320r).

Consciente de que lo inserto potencia el valor de lo escrito, seguro de que su originalidad está en lo que añade y no en los libros, considera que, en caso de querer publicarlos, «los combinaría menos mal con algún método, división y con mayor claridad» (I, f. 581r), explicando que su escritura es potencial, aproximativa, preparatoria de posibles futuros trabajos:

> Ninguno debe extrañar que mis discursos, buenos o malos, hayan salido tan sin método y orden y que aun en lo material hayan salido tan tumultuariamente escritos. Si estos apuntamientos, y los libros que he consultado, cayeren en manos de

[150] Como así mismo comentan los editores de *El porque sí…*, p. 12.

[151] «Papel sobre la planta bardana», *Colección de obras*, XI, 1ª parte, f. 329r y 329v. BNE, sig. Ms. 20387.

> algún erudito especulativo y práctico, de mayores talentos y de mejor pluma, no dudo que le podrán servir de algo para escribir un corpulento volumen utilísimo para España.[152]

EL INVESTIGADOR ALETHÓPHILO

Esta manera de escribir y su conciencia autoral responden al modelo o tipo de escritor que él encarna en gran medida; un modelo que tiene que ver con el del archivero conservador pero también con el del escritor que viaja y conoce el territorio sobre el que trata, un escritor útil a la sociedad que comparte los rasgos de quien frecuenta el trabajo de campo y el de gabinete. Para conseguir la utilidad pública desde la escritura y la investigación propuso un patrón de investigador. Lo hizo en su *Onomástico etimológico*, redactado entre 1757 y 1762. En cierto modo desarrolla ahí lo anunciado en los *Apuntamientos para una botánica española* (1745- 1757), donde para llevarla a término propuso un equipo o «cuadrilla» de trabajo formado por ocho personas: dos dibujantes buenos, dos escribientes, dos curiosos o naturales del lugar, un ingeniero y un director, que es el que hace las preguntas a los informantes.[153]

La propuesta del *Onomástico* detalla el carácter, los saberes, la economía y la forma de vida de quien quiera conocer la realidad gallega, aunque el modelo es extrapolable a la generalidad de los estudios, ya que sirve tanto para explorar una región como para planificar una investigación a más escala o en otras materias. Por supuesto, el marco referencial es el de la historia natural. Denomina a esta figura *alethóphilo* (amante de la verdad o revelador de la verdad).

Sus observaciones sobre la preparación de este amante tienen que ver así mismo con lo que dejó escrito sobre la instrucción de los archiveros, y en ambos casos revela estrategias para profesionalizar la dedicación a las Letras. Mucho de lo que pide pasó después a formar parte del currículo formativo de los empleados en archivos y es fruto de su propia experiencia al catalogar el de la catedral de Toledo entre 1726 y 1727 y de sus otras rutinas en repositorios similares. Así mismo, en su escrito de 1752 sobre el privi-

---

[152] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, I, 580v. Y en este aspecto se parece su labor a la de Andrés Marcos Burriel, escudriñador de archivos y recolector de noticias y documentos, que poco publicó y muchos datos e informaciones facilitó a otros, como Flórez y Mayans.

[153] *Colección de obras*, X, 1ª parte, f. 8r. BNE, sig. Ms. 20385.

legio que Ordoño II otorgó al monasterio de Samos, añade varias «reflexiones previas sobre archiveros», además de transcribirlo correctamente.[154]

Resumió lo relativo a esta materia en el tomo cuarto de la *Obra de 660 pliegos*. Allí relata que la formación de los que vayan a trabajar en un archivo debe empezar en el noviciado. Está pensando en conservar los fondos eclesiásticos, pero de nuevo lo que explica sirve para los demás depósitos. Y, si importante es cuanto señala sobre su instrucción, no menos importantes son sus reflexiones sobre el valor patrimonial e histórico de lo que se guarda en catedrales, casas nobles, monasterios, ciudades y villas. El archivero debe saber conservar esas antigüedades que guarda y tener conciencia de su valor histórico, ya que por no poseer los conocimientos adecuados se ha perdido mucho patrimonio en España: faltan «archiveros literatos y eruditos, pues si los hubiera habido, participarían al público los tesoros de los archivos». Además de conocimientos matemáticos, genealógicos, sobre tributación y acerca de las fórmulas empleadas para comenzar y finalizar los documentos –que sirven para datarlos–, el profesional ha de

> saber el latín puro y el latín bárbaro, el castellano o la lengua vulgar provincial de cada siglo, y la lengua moderna. Debe saber la geografía moderna de España y de la provincia, la de la Edad Media y la de los romanos. Debe tener pronto el cómputo eclesiástico para las fechas y el modo de datar en Roma para las bulas. Debe saber la cronología y la sucesión de los papas, emperadores, reyes, obispos, y la de los prelados respectivos. Debe tener conocimiento de las monedas antiguas y corrientes, y la correspondencia de unas con otras. Debe saber las medidas de áridos y de líquidos, las de tierras y sembradura, y las de distancias, y los pesos.[155]

La preocupación por las fuentes, su conservación y correcta transcripción no le abandonó, tanto en general como pensando en la propia orden, de modo que poco antes de morir, en 1770, escribía al general de la congregación de Valladolid proponiéndole la realización de un *corpus* diplomático similar al que en Francia habían hecho los maurinos y aprovechaba, de nuevo, para enumerar las cualidades que debía poseer el archivero:

> saber leer bien, escribir y contar; debe ser medianamente latino y saber algo de historia monástica y eclesiástica, y lo bastante de cronología y geografía […]. Debe ser anticuario, critico y que pueda responder de pronto a cuanto se contiene en los archivos […]. El archivero, o archiveros del monasterio, podrán dedicarse al estudio de las lenguas sagradas, bajo el seguro de que serán archiveros más doctos y mejores escriturarios, cuya ciencia es la verdadera y sólida teología, pues podrán

[154] Martín SARMIENTO, *Notas al privilegio concedido por Ordoño II al monasterio de Samos. Y reflexiones sobre archiveros*, ed. José Santos Puerto, Museo de la Educación/Universidad de La Laguna, 2010.

[155] SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, IV, p. 77.

> leer la sagrada escritura en sus fuentes originales y habituarse a leer todo género de caracteres revesados.[156]

Si esto se requiere para estar al frente de un archivo, en realidad, para hacer investigación histórica, por lo que se refiere al *alethóphilo*, característico es su enciclopedismo, en sintonía con la ya señalada interrelación de los conocimientos; habrá de saber historia natural, latín, español, francés, artes, jurisprudencia, letras sagradas, matemáticas, antigüedades, geografía, etimología, etc. Pero, además, dada su opinión sobre las universidades, será autodidacta, como él en muchos ámbitos del conocimiento. En realidad, ser autodidacta, es decir, maestro de sí mismo, es su ideal para aprender, ya que los profesionales enseñan mal.[157]

Por lo que se refiere al carácter del estudioso, imagina que, como el archivero y como el mismo autodidacta, debe empezar a forjarse y aprender desde pequeño; *alethóphilo* será hijo primogénito de noble caballero, por tanto, virtuoso; entrará en religión, pero se cuidará de asegurarse un buen pasar económico, administrado por él mismo y no por su hermano segundón ni por ningún otro. Con lo que haya reservado para sí y «agregando alguna renta simple o de su casa», tiene ya al estudioso en su parte humana y práctica: «un sacerdote, sin cura de almas ajenas, sin cuidados de familia y sin empleo que le estorbe el estudiar, y con dos mil ducados fijos anuales para toda su vida», que puede dedicarse cómodamente al estudio. Las precisiones económicas ocupan varias páginas y permiten suponer que conoce bien de lo que habla, ya por experiencia propia o muy cercana, pero el detenimiento es además necesario para asegurar la independencia y la viabilidad del hombre de letras, de modo que pueda concentrar su actividad «en beneficio del público, en honor de Galicia, y en adelantamiento de su afición literaria».[158] Tanto el archivero como el investigador se ajustan al modelo clerical entonces predominante, para ellos requiere una instrucción distinta de la que tienen los demás hombres de letras, cuyos objetivos intelectuales son otros.

---

[156] La carta, en Casimiro TORRES RODRÍGUEZ, «El P. Sarmiento como archivero y diplomático», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXVII (1972), pp. 104-121. Véase también Luis Miguel de la CRUZ HERRANZ, «El archivo monástico. Entre la gestión de su administración y la gestión de su memoria histórica», en Ramón Baldaquí Escandell (ed.), *Lugares de escritura: el monasterio*, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, pp. 177-230.

[157] PENSADO, *La educación de la juventud*, pp. 45 y 97. Antón COSTA RICO, «Frei Martín Sarmiento: alethóphilo e fundador da pedagoxía galega», en Antón Santamarina (ed.), *Frei Martín Sarmiento*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2002, pp. 33-48.

[158] SARMIENTO, *Onomástico etimológico*, II, p. 189.

El diseño continúa con los saberes que conforman el currículum letrado y de gabinete del sabio, que ya se ha expuesto someramente, pero a esto se añade el conocimiento derivado de la experiencia, del viaje y del contacto con el entorno: el trabajo de campo y la relación con los individuos. Aquí explica en qué aspectos de la historia natural debe fijarse el joven cuando viaje por el territorio y a quiénes debe interpelar: según declaraciones suyas que ya se conocen, viejos y viejas, niños y rústicos, apuntando todo en diferentes cuadernos, que corresponden a las distintas áreas del saber y de interés: antigüedades, inscripciones, geografía, botánica, etimología, lenguas, catastro, etc. Labor de etnógrafo mezclado con historiador. Su función es levantar un plano o mapa cultural del territorio y, para ello, ha de ir acompañado de un amanuense que sepa latín, dibujar y copiar, y que escriba bien; objetivo que se relaciona con el de los viajes oficiales de Velázquez, Ponz, Vargas Ponce y Ortiz y Sanz. No olvida tampoco un aspecto fundamental del trabajo de campo, que es cómo dirigirse y preguntar a los informantes y cómo tratarlos. Tirando de experiencia, observa que debe compensarlos y hacer que se sepa que paga (por lo que se acercarán y estarán predispuestos a colaborar). Así, los niños comprarán castañas, las viejas «una rueca» y los demás podrán «echar un cuartillo de vino» después de responder a sus preguntas.[159]

Terminada la campaña, el *alethóphilo* regresa de su viaje de la Razón cargado de preciosos materiales al gabinete, sin haber leído un libro, ni haber estudiado de memoria. Los libros debe comprarlos luego, y hace una relación de los más importantes que debe tener, complemento de su *Catálogo de algunos libros curiosos y selectos para la librería de algún particular*, repertorio cultural sobre aquello que un caballero y un clérigo han de conocer.[160] Una vez en su estudio, que es el espacio para el retiro y la reflexión interior, ordena y trabaja la información recogida. Como está pensando en Galicia, ha de vivir en Santiago de Compostela, pero vale cualquier capital en la que haya librerías, exista un círculo de sociabilidad literaria y sea fácil encargar libros a Madrid. En su casa saca copia de la documentación que hay en los archivos, forma catálogos e índices y escribe, escribe de ese modo que se parece mucho a la exposición de los objetos en un gabinete de curiosidades.

Ahora bien, conviene que el erudito, «para mayor quietud de sus estudios», viva durante el buen tiempo «retirado y divertido en sus estudios en una espaciosa *quinta* hacia

---

[159] SARMIENTO, *Onomástico etimológico*, II, p. 197.

[160] Martín SARMIENTO, *Catálogo de algunos libros curiosos y selectos, para la librería de algún particular, que desee comprar de tres a cuatro mil tomos*, ed. Henrique Monteagudo, Noia, Sementeira, 2002. Estos catálogos de biblioteca que Sarmiento confeccionó fueron frecuentes en la época y antes, dirigidos a una clase media y alta que quería distinguirse gracias a la cultura.

la marina, en la cual pudiese criar todo género de vegetables».[161] En ese Palacio de la Sabiduría ha de tener, así mismo, un herbario y un gabinete de historia natural.

El plan de trabajo y los objetivos que propone tienen mucho que ver con los suyos, si bien su espacio de trabajo, su celda, no es el *locus amoenus* que dibuja. Aunque es contrario a las cofradías literarias, plantea la posibilidad de que haya varios investigadores, una docena que comparta método, principios y fines, para que el trabajo y el proyecto tengan sentido y los frutos, coherencia. Con todo su saber, este estudioso modelo «podrá rebatir mil imposturas portuguesas contra Castilla y contra Galicia» y, en un plano más amplio, poner orden en el conocimiento de las cosas de España.[162] Planteamiento reivindicativo nacional que nunca escapa a sus propuestas.

Martín Sarmiento es un caso peculiar dentro de las tipologías de autor que se dan en el siglo XVIII, porque, vinculado como estaba con modelos anteriores, de los que no reniega, estuvo también abierto a las novedades de su época, que acepta en parte, al tiempo que, junto al uso público del saber, trabaja por la conservación de un patrimonio que empieza a no interesar. En su proyecto, tanto guarda los materiales como explica las características, requisitos y condiciones que debe poseer quien se ocupe de esa tarea, ya se llame archivero, ya *alethóphilo*.

Ser moderno era ser crítico, y crítico, por tanto, también de lo contemporáneo: no aceptarlo todo por el hecho de ser actual. Vestido de antiguo es parcialmente moderno. Su modelo de partida es el del erudito que acumula saberes en forma de *summa* o gabinete de curiosidades, pero quitando a esta denominación lo que pueda tener de superficial o anecdótico. La curiosidad va trabando el conocimiento y lo relaciona en un intento de explicar el mundo. Junto a su vertiente que mira al pasado está la que manifiesta a un autor centrado en los problemas del presente, sobre el que opina y aconseja, aunque no siempre participe de las modas de valoración y expresión, ni de la tendencia a separar las ciencias y saberes. Es fácil, llevados por el tópico, quedarse solo con el Sarmiento erudito que se ocupa de asuntos banales o anecdóticos, pero al hacerlo olvidamos que todo en él está relacionado y que también escribió sobre cuestiones serias y centrales, a menudo proyectando para el futuro de una forma utópica (por perfecta), que se puede relacionar con la de los arbitristas. Y esos asuntos banales en realidad no lo eran, pues estaban enmarcados en un interés mayor o desde ellos llegaba a consecuencias generales. No fue esclavo de las modas intelectuales, pero tampoco del pasado, muchas de

[161] SARMIENTO, *Onomástico etimológico*, II, p. 191.

[162] SARMIENTO, *Onomástico etimológico*, II, p. 204.

cuyas claves rechaza, consciente del tiempo nuevo en que vive y de la necesidad de mejorar la sociedad. En realidad, escribía para el futuro; su escritura se instalaba en la alternativa entre tradición y modernidad, atrapado, aunque fuera más allá, en los límites de la fe y de la institución a la que pertenecía.

Su celda pudo parecer un gabinete de curiosidades por el orden en que encerraba objetos y conocimientos; su escritura difusa, digresiva, asociativa, dio cuenta de ese mundo y de su condición. Le interesaron los nuevos saberes pero no los modos sistemáticos de exponerlos, que no penetraron en su estructura mental, relacional y ramificada, que mantenía una relación sentimental con el entorno, porque su interés no era hacer una exposición metódica de sus conocimientos, sino abismarse en el gusto gozoso de la investigación y la escritura. No participó de esos nuevos modos expositivos porque su perspectiva, además de crítica, fue acumulativa, lo que relaciona su actividad con la del coleccionista –de erudición, de especies botánicas, de canciones y refranes, de objetos–, de modo que su producción se asemeja a esos espacios enciclopédicos que no se ordenaban alfabéticamente, sino por asociación, en los que entraban elementos de las ciencias y los debates contemporáneos. Y por asociación, pero sin sistema, como se ha dicho, iba «mapeando» la realidad. Si su empeño fue grande y no consiguió ese retrato, al menos proporcionó amplias teselas del mosaico y métodos para alcanzar la pretendida totalidad descriptiva gracias a sus «planos» y cuestionarios para describir los territorios. Su obra fue el resultado de una mentalidad compleja sensible a la curiosidad y a los desafíos intelectuales.

OBRAS PUBLICADAS DE MARTÍN SARMIENTO MÁS IMPORTANTES

— *Cartas al duque de Medinasidonia, 1747- 1770,* ed. José Santos Puerto, Ponferrada, Instituto de Estudios Bercianos, 1995.

— *Catálogo de algunos libros curiosos y selectos, para la librería de algún particular, que desee comprar de tres a cuatro mil tomos,* ed. Henrique Monteagudo, Noia, Sementeira, 2002.

— *Colección de voces y frases gallegas,* ed. José Luis Pensado, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1970.

— *De los atunes y de sus transmigraciones y sobre el modo de aliviar la miseria de los pueblos,* ed. José Luis Pensado, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1992.

— «Discurso apologético por el arte de rastrear las más oportunas etimologías de la lengua vulgar» [ed. José Luis Pensado], *Boletín da Real Academia Galega*, 31, (1972), pp. 7-82.

— *Educación de la juventud,* ed. José Luis Pensado, Santiago de Compostela, Junta de Galicia, 1984.

— *Elementos etimológicos según el método de Euclides*, ed. José Luis Pensado, La Coruña, Fundación Pero Barrié de la Maza, 1998.

— «Escritos menores de Fr. Martín Sarmiento» [ed. José Luis Pensado], *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXIII, (1982), pp. 449-463.

— *Escritos sobre el Meco y la Cruz de Ferro*, ed., José Luis Pensado, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1992.

— *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1775 (otra edición, en Buenos Aires, Emecé, 1942).

— *Notas al privilegio concedido por Ordoño II al monasterio de Samos. Y reflexiones sobre archiveros,* ed. Javier Santos Puerto, Museo de la Educación/Universidad de La Laguna, 2010.

— *Noticia de la verdadera patria de El Miguel de Cervantes*, ed. José Luis Pensado, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1987.

— *Obra de los 660 pliegos: de historia natural y de todo género de erudición*, ed. Henrique Monteagudo, Santiago de Compostela/ Madrid, Consello da Cultura Galega/CSIC, 2008, vols. 2, 3 y 4. (Los cinco vols., en la BNE, sig. Ms. 20390- 20395).

— *Onomástico etimológico de la lengua gallega*, ed. José Luis Pensado, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza 1999, 2 vols.

— «Plano para formar una descripción geográfica de España y América», en *Escritos geográficos,* ed. José Luis Pensado, Santiago de Compostela, Junta de Galicia, 1996.

— «Problema corográfico para describir a Galicia con un nuevo método», en *Escritos geográficos,* ed. José Luis Pensado, Santiago de Compostela, Junta de Galicia, 1996.

— *El porque sí y porque no*, eds. Michel Dubuis, Nicole Rochaix y Joël Saugnieux, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII/Université Lumière-Lyon II, 1988.

— *Sistema de adornos del Palacio Real*, eds. Joaquín Álvarez Barrientos y Concha Herrero Carretero, Madrid, SECC, 2002, pp. 233- 243.

— *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real*, ed. José Santos Puerto, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2002.

— *Viaje a Galicia (1745)*, ed. José Luis Pensado, Salamanca, Universidad, 1975.

BIBLIOGRAFÍA

Las obras de Martín Sarmiento están referenciadas en la *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, VII, Madrid, CSIC, 1988, de Francisco Aguilar Piñal.

Más informaciones sobre su vida y obra, con algunas digitalizadas, se encuentran en

— *Proxecto Sarmiento* del Consello da Cultura Galega.

— Documentos y obras de Sarmiento en *Galiciana, Biblioteca Digital de Galicia*. Obras digitalizadas de Martín Sarmiento en la Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España